COLECCIÓN
ORLANDO ARAUJO

Rafael Victorino Muñoz

Página roja

Ministerio
del Poder Popular
para la **Educación**

Nicolás Maduro Moros
Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Tareck El Aissami
Vicepresidente Ejecutivo de la República Bolivariana de Venezuela

Elías Jaua
Vicepresidente para el Área Social
Ministro del Poder Popular para la Educación

Junta Administradora del Ipasme
Marisela A. Bermúdez B.
Presidenta

Pedro Germán Díaz
Vicepresidente

Elkis A. Polanco G.
Secretario

Fondo Editorial Ipasme
Federico J. Melo S.
Presidente

Rafael Victorino Muñoz

Página roja

Página roja
© Rafael Victorino Muñoz

Primera edición
© Fondo Editorial Ipasme
Caracas, 2017

Depósito Legal: lf65120158002934
ISBN: 978-980-401-250-1

Edición y corrección: Lisneth V. Molina Valero
Diseño y diagramación: Yaraiví Alcedo
Imagen de portada: José Gregorio Álvarez

Fondo Editorial Ipasme:
Locales Ipasme, final calle Chile con Av. Presidente Medina
Urbanización Las Acacias. Municipio Bolivariano Libertador, Caracas
Distrito Capital, República Bolivariana de Venezuela
Apartado Postal: 1040
Teléfonos: +58 (212) 634 54 45 / 634 54 53 / 634 54 56

Se autoriza la reproducción total o parcial de la presente obra,
siempre que se señale la fuente original.

- Mamá, dile a Joseíto que...

La mujer no se levanta de la cama, casi nunca lo hace. Lleva algún tiempo así, postrada por la enfermedad, un poco ciega y bastante debilitada. Como puede, bosteza maternalmente:

- Cielo, deja a tu hermano.

La ausencia de supervisión ha determinado que los dos hijos (uno de once y otro de trece) vayan criándose azarosamente. Armando, el mayor, el encargado de la única fuente de sustento familiar (una venta de bambinos, refrescos y maltas), es acaso un poco más responsable. Pero el otro sí hace lo que le viene en gana; además, se ampara en la inmunidad de hermano menor para tiranizar a Armando.

- Pero, mamá, Joseíto... míralo.

La mujer no puede mirarlo, ya se durmió (tantas pastillas).

- Está bien, toma tu vaina- el menor transige.

Pero, antes de separarse, le suelta un escupitajo en la cara al mayor. Este llega al límite: un bate, que ya comienza a oxidarse por la inactividad (se retiraron de la escuela de la Polar

por la enfermedad de la madre), está allí, al alcance. Armando lo toma y, con el mismo impulso que trae en el giro, le asesta un golpe en la frente al hermano. El instrumento se cimbra; el sonido es extraño, como si hubiera golpeado algo de metal. Con los ojos en blanco y un bulto, de un color que comienza a parecer morado pero que aún no lo es del todo, Joseíto casi lánguidamente cae hacia atrás. Quizás el golpe al dar con el suelo habría bastado, de no haber estado ya muerto.

El silencio que sigue a la escena, durante un lapso de tiempo inmedible, es interrumpido por el inicio de uno de los ciclos de encendido de la nevera-cava donde se guardan los refrescos. Armando decide, con intuitivo pragmatismo, guardar el cadáver en aquel refrigerador antes de salir huyendo.

El tiempo que le toma colocar las botellas hacia un lado, para abrir espacio, le permite calmarse un poco. Le resulta difícil doblarle las piernas, para que pueda caber completo. No quiere mirar cómo quedó el trabajo; no mira.

La Gorda, una vecina que piadosamente les da de comer desde que enfermó la madre (autoasignándose la misión de controlarlos), está en el patio de su casa, lavando. Es visible desde la calle y viceversa. Armando espera que se vaya al interior de la casa: tiene que evitar sus preguntas.

Sube la cuesta, en lugar de bajar. Se sienta en una piedra que tiene forma de campana achatada, volcada de costado. Piensa que quizá podría dedicarse a recoger latas y perderse entre los vericuetos de la ciudad, que se ve allá abajo, como adormecida en el bochorno de la tarde. En las manos siente aún el extraño cosquilleo del golpe. Sin que nada lo hubiera anunciado y sin que quiera evitarlo, el llanto fluye.

Recuerda otras ocasiones en que había llorado tanto: cuando la abuela falleció, indecorosamente sentada en el *water closet*; aquella mañana de un domingo, cuando despertó y descubrió que todos se habían ido a la playa, tal como venían planificando desde hacía días. Regresaron casi de noche, le contaron que no se habían divertido mucho, no les creyó, pero se abstuvo de decirlo.

Oscurece. La huida, así sin medios, es más difícil. Se recrimina por no haberlo pensado en su momento y por haber perdido el tiempo llorando como una niña.

La casa está tan silenciosa como cuando se fue. Gracias a eso la madre oye que abren la puerta.

- Por fin llegaron. ¿Dónde andaban?

Armandito se asoma a la habitación.

- Estábamos jugando béisbol- le dice, con tal aire de inocencia que la mujer sonríe. Antes de que haya más preguntas, sobre todo la inevitable, suenan golpes en la puerta. Alguien que viene a comprar: se acerca la hora de la cena y aumenta la frecuencia de los clientes.

- Una chinotto- dice una de las Vampi; son cuatro hermanas, de nueve a trece, feas como unas lagartijas.

Él va corriendo a buscar el refresco, sintiéndose atravesado por miradas empalagosas. Abre la nevera y trata de no voltear hacia donde está su hermano; sin embargo lo hace: por un azar morboso el rostro quedó mirando, con sus ojos en blanco, hacia la portezuela que abre Armando. Éste la cierra, con

más violencia de la necesaria, prometiéndose que cambiará el cuerpo de posición en cuanto sea posible.

La Vampi le soba la mano al darle el dinero y al recibir el cambio. Con todos procede de igual manera, no se sabe de quién está enamorada: de él, de Joseíto o del Chino, colega de apedrear perros y tumbar mangos.

A la Gorda, cuando viene, debe decirle que su mamá está dormida y que a Joseíto le duele la cabeza: como se cree de confianza, abre la nevera y revisa todo cuanto puede. De sus manos recibe, en la puerta, la comida y unas ramas de repugnante olor «que son muy buenas y que las tome antes de acostarse» (como si alguna vez se levantara).

Después de poner la sopa de pichón, también muy buena, al alcance de la madre (en verdad está dormida: duerme unas veinte horas diarias), Armando come, sin dejar de ver el asiento vacío frente al cual está la ración del hermano. Siente que va a llorar otra vez, pero se contiene. Un perro comunitario, que entra en todas las casas de la zona, es el beneficiario del plato sobrante. Mientras contempla al animal, que engulle como si temiera que todo fuera a desaparecer de un momento a otro, piensa en la huida: el dinero que tomó de los refrescos es insuficiente; la noche no es muy recomendable, la policía puede detenerlo y llevarlo a su casa (como hacen con los menores que deambulan hasta tarde).

Salir en la mañana, al colegio y la estadía allí, no resultan un problema: un día de ausencia (por parte del hermano) no es tan grave. Claro que lo notan raro: no quiere jugar beisbol, ni siquiera lo tienta el hecho de que por fin van a jugar con un bate de verdad y no con el palo que le quitan a la escardilla.

Al regresar, tiene que sortear el peligro de la Gorda, que sí podría extrañarse por la inasistencia de Joseíto. Cuando abre la puerta, la madre dice, invariablemente:

- Llegaron, gracias a Dios.

- Bendición- dice Armando.

- Dios lo acompañe. Y Joseíto, ¿no pide la bendición?

Queda paralizado, con la puerta sin cerrar. La madre insiste:

- Ah, ¿qué le pasa? ¿Es que está bravo conmigo?

El menor es su favorito inconfesado. Como puede, Armando imita tímidamente la voz del hermano y pide la bendición. La madre responde, no sin cierto matiz dubitativo. Luego se autoconvence: ya está creciendo y le cambia la voz.

Después del almuerzo (cualquier cosa: una arepa y un huevo; la bondad de la Gorda se limita a una comida diaria y a su labor de espía), Armando despacha al señor del camión de refrescos diciendo que su mamá está mejor, que su hermanito está por ahí, echando broma, que venga el sábado en la mañana. También tiene que deshacerse de Conejo, el compañero del hermano: le dice que Joseíto está castigado porque se portó mal; pero el Conejo, en su plañidera insistencia, se deja oír por la madre:

- Déjelo que salga- le grita desde la cama

El Conejo ríe, con sus dientes de roedor. Armando le dice:

- Si no te pierdes ahorita mismo ya no te van a decir el Conejo sino el Hipopótamo.

El Conejo huye, recordando la ocasión en que Armando y el Chino sepultaron bajo un montón de piedras al neurotizante perro de la Evangélica. Luego, fingiendo nuevamente la voz del hermano (ya le sale mejor), grita:

- Bendición, mamá- y cierra la puerta.

Gracias a esa maniobra podrá estar tranquilo el resto de la tarde. Piensa en el cadáver y va hasta la nevera: allí está, ahuyentando su temor de que hubiera desaparecido. Lo contempla, ya sin mucha desazón y hasta con cierta curiosidad. La madre interrumpe su inusual distracción:

- Armandito, póngame a calentar agua.

Hoy es día de baño; eso favorece las cosas: puede aprovechar que ella se levantará de la cama para rebuscar debajo del colchón y tomar el dinero que esconde allí. «Más que suficiente», piensa con el paquete que no se molesta en contar.

En la tarde vuelve a fingir la voz del hermano. Pero la madre insiste en echarlo todo a perder:

- Bueno, Joseíto, ¿usted no piensa venir a verme?

- Ya va, que me voy a bañar.

Las frases muy largas le dificultan la imitación. Por eso se inquieta antes de oír la respuesta, que tarde en llegar (ya por suspicacia ya por molestia, o por ambas):

- Está bien.

Tiene que irse. Ya lo decidió. Mientras se baña, para dar mayor veracidad a la imitación y a la mentira, piensa en los destinos: salvo ocasionales idas a la playa y un viaje a Nirgua, no conoce nada. Piensa en hacerse buscador de oro. Deliberadamente demora el baño, hasta que la madre se duerme.

Casi está contento. Casi con entusiasmo extrae el cuerpo del hermano del refrigerador. Después de un rato, desiste de enderezarlo. Deposita cuidadosamente el cadáver en la cama de la madre. Acaso la sorpresa acabe con los sufrimientos de la mujer: es un acto confusamente piadoso.

Toma su bolso escolar, donde lleva alguna ropa. Cierra por última vez la puerta, sin dar un vistazo al interior (la luz de la cocina está encendida). Al amparo de una pared espera que la Gorda termine de hablar con un viejo al que apodan el Mono (en virtud de su especialidad laboral: subirse a los árboles para podarlos). En el patio de la Gorda hay muchos manteles: ella trabaja para un señor que tiene una agencia de festejos.

Pasa frente a la casa de las Vampi. Sin querer voltea: no se ve a ninguna de ellas, ejerciendo su oficio favorito, que es mirar por la ventana. Sería capaz de despedirse de alguna, de Natasha, por ejemplo, aunque la apoden Eddie Monster.

En un árbol, que marca el inicio del ascenso, está una lagartija. Como si quisiera espantar sus pensamientos de hace rato, le lanza una piedra al animal. Falla el tiro.

Primera toma (con subtítulos en español)

Paso la fotografía. Veo la que sigue. Ese día estuvimos en el Gran Danés. Yo pedí estación Alemana y ella estación Camoruco. El mío sin mostaza. Dos pepsis. La salsa de tomate me hizo soltar la primera *mentada* y me vio con cara de sorprendida. ¿Es que no podía entender que ese era un Benetton auténticamente italiano? Luego el refresco, caliente como de costumbre y un eructo mal disimulado. Es explicable, admisible, justificable, que volteara, que mis labios cayeran en el vacío de aquella tarde de domingo.

Ésta es mía y me pregunto cómo ese niño pudo llegar a ser yo: sólo tenemos en común esa mirada y una familia abandonada un día de septiembre. Esa camisa, con tomates estampados, se quemó en un incendio provocado por mi inocente mano.

Ésta es la que más detesto: no recuerdo su nombre, no sé qué hace ahora, pero si la encuentro le pateo el trasero, como debí haber hecho con el fotógrafo. 7 años, o sea, en el 79. Fue sugerencia de ese imbécil que la morena de vestido amarillo estuviera justo en medio, entre Marlene y yo. Era la oportunidad de tomarle la mano y ver si era tan suave como ese aroma que aún creo reconocer en algunos lugares, algunas tardes. De derecha a izquierda están: María, su hermana, flaca, pálida, bonita pero no tanto; mi hermana, un poco más alta que María, lo cual confirma la imbecilidad del fotógrafo; la niña más dulce que

pueda caber en el recuerdo; la gorda de amarillo; yo (aún tenía la nariz arrugada, por el olor a sebo quemado y a limpieza falsa del sacerdote).

Busqué la fotografía porque estaba seguro de haberla visto: casi tan bonita como su recuerdo. También estaba María, con ese aire de anemia enclaustrada. Ya Marlene no es más alta que yo. Si hubiera tenido la fotografía en ese momento la habría abordado, le habría dicho algo: el título de una canción. Le habría dicho: «Mira esta fotografía: María, mi hermana (le explicaría lo equivocado que estaba el fotógrafo), tú, la gorda, yo. Ves, entre tú y yo no debía haber estado esa gorda morena (sólo a ella o a la madre que la parió, se le ocurre hacer la primera comunión de amarillo). Una elemental conjunción copulativa, con todas las implicaciones semánticas del caso». Le hablaría de todos los años con su cara guardada en mi tristeza. Le diría que nunca me gustó que su nombre fuera una marca de pantimedias. Preferiría que hubiera sido de galletas o de mermelada de frambuesas.

Devuelvo la fotografía al montón, respetando la estricta cronología. A veces me han dado ganas de recortar mi imagen y pegarla junto a Marlene. Debería llevar esta fotografía en un libro, por si la encuentro de nuevo. No es tan improbable. «Marlene», digo en voz alta y miro la pared, donde hay una cucaracha. Debe estar casada. Pienso en la casa donde viven Marlene, su esposo, dos niños gordos. La cucaracha camina un poco y se detiene, moviendo las antenas.

Voy a tomar un zapato para arrojárselo al insecto. En el movimiento se me cae el montón de fotos. Involuntariamente recojo primero esa reproducción aparecida en el periódico, que a pesar del tiempo aún mancha las manos. Yo no tengo otra

fotografía tuya, aparte de ésta. Si te hubiera conocido primero no te habría llamado mi mermelada de frambuesas a las tres de la tarde. A ratos eras más bonita. Nunca vas a ser una vieja llena de varices azules, como Marlene después de algunos niños gordos. Yo tomé tu imagen y tu recuerdo y los preservé, de todo, del tiempo, hasta de ti misma.

Segunda generación

Lo primero que hago al llegar es buscar el cuaderno. Al pasar miro el teléfono, preguntándome si alguien habrá llamado. El olor a pólvora parece líquido, de tan intenso que lo percibo. Me veo de reojo en el espejo, a ver si algo cambió. No recuerdo en qué momento me limpié la gota de agua sucia. Se secó o sólo lo imaginé.

Este cuaderno es muy cursi para lo que escribo: en la portada está Garfield, acostado en un pupitre, con un libro de historia (dice *History*) sobre su cara. Estoy buscando una frase que recordé hace rato. Salto las primeras páginas, estrujándolas. Me detengo:

> *En la batalla entre tú y el mundo, toma partido por el mundo*
>
> *Kafka*

Paso otras páginas. Esta la dejé casi sin escribir. En lápiz dice que sonó el teléfono en ese momento. Ésta de Bucowsky no sé por qué la anoté:

Mi alma borracha de
cerveza es más triste
que todos los árboles de
navidad cortados en el
mundo entero

A ésta le he reservado una sola página, en letras muy grandes:

El metálico rumor de
suicidio que nos anima
cada madrugada

García Lorca

No sé dónde está la que busco, ni cuál es. Pero sé que cuando la encuentre sabré que esa es. Voy pasando las hojas. Ya siento un poco de sueño. Paso las páginas tan rápido que sólo alcanzo a leer algunas palabras sueltas. Voy al final del cuaderno. No puedo recordar lo que quería anotar. Pero se me ocurre otra cosa:

Todo lo que hice fue
tomar tu imagen y tu
recuerdo y preservarlos,
de todo, del tiempo,
hasta de ti misma.

Debería comprar una grabadora. Me voy a dormir. Espero poder hacerlo. Un gallo canta, lo cual me extraña, en esta zona tan urbana. A lo mejor lo imagino, o ya estoy dormido. Deben ser las cuatro. No quiero abrir los ojos para ver el reloj, con su insolencia roja diciendo la hora. Me da flojera seguir tratando de recordar la frase perdida, me dan ganas de ser un balcón al pie de cada tarde que cae.

Una mujer mira el río

Esa mujer ya no mira el río sino un bulto, una sábana blanca que envuelve algo. El bulto tiene forma y dimensiones humanas. Su inmovilidad, en contraste con la eterna movilidad del río, le otorga categoría de cadáver.

Las ocho menos diez. Tiene tiempo para llamar a quien pueda encargarse de comprobar si aquello es un cadáver. Verónica revisa su bolso: sí tiene una tarjeta telefónica, una que tiene la cara de un tal Aristóteles. En la planta baja de la clínica hay teléfonos. Cerca pasean unas cuantas personas, ojerosas, con ganas de maldecir al familiar que los hizo pasar tan mala noche. 8591923.

- Aló. ¿Atención Inmediata? Mire, yo no sé si es con ustedes, pero es que creo que hay un cadáver. En el río. Bueno, no sé, no lo he visto. Mire, mejor vengan. Al lado del Museo de la Cultura. Sí. Bueno, yo lo veo desde el puente. No, está loco, sáquenlo ustedes. Verónica. Desde la clínica. No, en el museo.

Primero llega una ambulancia de Atención Inmediata. Después Defensa Civil. Uno de los de Defensa Civil baja y mete sus botas en el espeso río. Pero se hunde mucho y, además, había bajado por la orilla equivocada. El cadáver está más cerca de la otra ribera. Después de una deliberación, baja nuevamente el mismo miembro de la brigada: ya se había ensuciado las botas. Toca el bulto por lo que se supone debe ser el hombro y dice:

- Parece que sí es.

Al oír esto, los curiosos dicen «Uh». Entre ellos está Verónica, que comienza a creer que en Valencia sí ocurren cosas interesantes. Desde abajo el hombre grita nuevamente:

- Creo que debemos subirlo.

Todos acogen sus sabias palabras con afirmaciones.

Sí, es un cadáver. Los curiosos más afortunados pueden ver que es una mujer, blanca, de cabello largo, desnuda, con sangre coagulada sobre el pecho.

La ambulancia se va con la sirena encendida. Los curiosos tardan en dispersarse. Dos mujeres conversan. Una tiene una grabadora en la mano. Verónica y una periodista.

Al día siguiente Verónica también llega tarde, con un diario en cuya última página está la noticia: un cadáver en el Cabriales. Dos fotos, de mujeres bastante parecidas: una, la reproducción del carnet estudiantil de la víctima, identificada en la tarde por sus familiares; la otra es Verónica. La periodista se equivocó escribiendo el apellido. Pero no importa.

Una ciudad fantasma

Siento un extraño pudor que me impide decir «cadáver». Lo digo varias veces: cadáver, cadáver. Luego miro, como si esperara una respuesta. En vez de quemar la sábana manchada de sangre, con lo cual sólo llamaría la atención de los vecinos, mejor la uso para envolver el cuerpo y uso el yesquero para un Lucky. Aún resuena en mi cabeza el disparo. Alguien habrá oído.

Dicen que el alma de un ser humano pesa no sé cuántas fracciones de gramo. Me da la impresión de que ahora el cuerpo pesa más, más de los cuarenta y nueve que declaraba muy ufana. Se me ocurre subirla en la balanza del baño, pero no lo hago. Estoy indeciso: no sé si la maleta o el asiento de atrás. Me decido por el asiento de atrás. Así no se llenará de grasa, la detestaba.

Salgo a abrir el portón. La calle está desierta, la ciudad duerme. El aire está como detenido, parece estar oxidado.

Subo a la Bolívar por los lados del ateneo. Antes había un reloj en aquel edificio. Hoy es domingo o lunes, no sé, creo que ya son las dos. Un lunes a las dos de la madrugada Valencia es lo más parecido a una ciudad fantasma.

Sigo hacia el norte. Casi extraño el habitual puterío trasnochador, los recoge latas. Llego a la redoma y sigo hacia la autopista. Comienzo a arrepentirme, pero no por remordimientos de mi conciencia moral sino por la complicación que significa deshacerse del cadáver, bueno del cuerpo. Perdón, no quise decirte así. Pero ya tú no puedes perdonar. Perdón.

Vuelvo a entrar en la ciudad, por el distribuidor San Blas. En la avenida Lara se ve uno que otro taxista con la remota esperanza de una carrera. Por aquí no se puede. Decido ir hacia Los Nísperos. Comienzo a recorrer muy suavemente las calles. No hay nadie. Valencia es una ciudad fantasma.

Me da la impresión de estar entre paréntesis, un paréntesis dentro de un sueño. La realidad adquiere dimensiones absurdas. Decido combatirla, enciendo la radio. En esta ciudad a esta hora ni los fantasmas salen.

No sé por dónde me he metido, de pronto estoy en una calle de ésas que salen en las fotografías color sepia. El fósil de un volkswagen circundado por gaveras de refresco.

Otra vez en la Bolívar. Deben haber pasado cuarenta o cincuenta minutos. Me inquieta pensar que alguien pueda llamarme por teléfono y no me encuentren y después. Pero todo el mundo duerme a esta hora.

Unas palabras van y vienen por mi cabeza. El decoro de tu ausencia o tu ausencia indecorosa. Veo un edificio que tiene balcones pentagonales. Ganas de ser un balcón detenido al pie de cada tarde que cae. Las anotaré en mi cuaderno. Espero no olvidarlas.

Paso por un lado del Museo de la Cultura. Esta es la calle Independencia, creo. Detengo el carro y veo hacia todos lados: la ciudad fantasma es una constante metafísica. Pesa, más de cuarenta y nueve. La dejo caer desde el puente. Junto con el olor, que es como una enorme víscera de pescado muerto, siento que se levanta una columna de agua. Siento que una gota del río me salpica la mejilla, como una lenta lágrima sucia.

Click

Pero no importa, así estás bien. Desangrando tu cabellera en mi almohada. Click. Click. Click. Pero no importa, así estás bien. Durmiendo y a punto de soñar. Click. Tus ganas de llorar cuando tu mamá te hizo ir a clase con el vestido de reina de carnaval. Click. Sé que estás soñando con el color naranja. No te pareces ni a Sondra Locke ni a Winona Ryder. Pero no importa, así estás bien. Antes te parecías un poco a Malú Mader.

Click. Tú, descomponiendo de una patada el racista enfrentamiento de mi tablero. Una partida de Fisher. No aparecen más imágenes y es como si la memoria hiciera silencio.

Te imagino en la plaza, a punto de pedirme que te compre un helado. Como te has portado bien, tomo otra foto. Click. Miras a lo lejos. Salió un poco borrosa. El Mediterráneo. Invierno. Click. Tienes una pañoleta y unos lentes oscuros, como los que habría usado Marilyn para ir al entierro de JFK. Esos guantes de piel son muy balzacianos para mi gusto. Mejor te los quitas y pedimos un vermut. Pareces tu propia estatua. Click. Un retrato de tu palidez flaubertiana. Click. Uno de tu aire de tulipán distraído. Click. Te despiertas. Preguntas qué voy a hacer con este revólver. Es que no tengo cámara. Tú sabes, los chinos inventan mucho. Me oigo soltar un discurso que me sé de memoria porque lo he practicado muchas veces:

- Tú eres la única persona que me quiere, por eso sé que no vas a fallarme. Desde que era un niño siempre me ha obsesionado, más que la muerte, qué hay después. He decidido matarte, pero antes tienes que prometerme que vas a regresar y vas a contarme.

- No, no jures pensando que no voy a disparar. Ya está decidido. No tienes que llorar. Los que lloran son lo que quedan vivos. Ves, yo no lloro (eso no estaba en el discurso original, pero me salió bien).

- Yo tampoco quería que esto pasara, pero yo te lo dije: búscate otro novio, que yo estoy loco. No jures en vano, que es muy feo.

Sigues- llorando, porque sabes que vas a morir, porque sabes que apenas cumpliste 21 años. Estás llorando. Te recuerdo en un sueño: yo estaba entrando en una casa y una mujer,

en ese preciso instante, cortó el cuello de una gallina. Sentí lo caliente de la sangre en la mejilla. Luego apareciste tú, en un recodo del sueño: llorabas, pero no como esas mujeres que abren mucho la boca. Llorabas y te veías tan bonita.

Te miro ahora: no lloras como en el sueño. Lástima. De repente se me ocurre pensar que el revólver no está cargado y que cuando lo cargue ya se me habrán pasado las ganas. Me da la impresión de que todo sucede al revés: primero veo en tu pecho esa mancha roja y luego oigo el disparo: pump o bang o como quiera que se escriba la onomatopeya del sonido de un arma de fuego al ser accionada. Click.

Sin título

Estas niñas casi siempre se llaman Nicole, Michelle, Nathaly y tienen seis, ocho, nueve años. Estas niñas casi siempre tienen una tía o prima o hermana mayor que las cuidan y que por eso vive con ellas, viven en una barriada de Valencia, Maracaibo, Caracas, con otros parientes, con sus hermanos, con sus madres que trabajan como vendedoras, secretarias o recepcionistas en una tienda, un banco, una oficina cualquiera.

Estas niñeras casi siempre tienen un amigo, algo mayor que ellas, un hombre que las corteja, uno que trabaja en el abasto de la esquina, vive por allí o es amigo de la familia, uno que es casado pero está en proceso de separación, está separado pero aún no le *sale* el divorcio, es divorciado pero tiene unos hijos a los que ve en ocasiones.

Estos hombres ya han tenido sus cosas, con algún familiar, con menores, con animales, ya han tenido sus problemas, por robos de poca monta, violencia familiar y callejera, consumo de alcohol y de drogas. Pero estos hombres son de confianza en la casa de Nicole, de Michelle, de Nathaly, estos hombres entran y salen, almuerzan y cenan, saludan y besan a la niña, diciéndole piojita, pirulina, cotufita.

Estas niñas a veces se quedan solas porque la hermana o prima o tía tiene que salir un momento a comprar algo, llamar por teléfono, pagar la luz, el agua, el alquiler. Estas niñas aceptan, aunque con recelo, acompañar al amigo de la casa, que les ofrece un helado, un caramelo, una muñeca. Entonces estos

hombres las violan, las golpean, las matan, acaso no en este mismo orden, a veces también las mutilan, las queman o las entierran. Estos hombres a veces hacen esas cosas sin premeditarlas, sin planearlas, hasta sin desearlas. Pero aun así, casi siempre a estos hombres los apodan monstruos: el monstruo de Mariara, de la Vega, de los Andes.

A estos hombres después los salen a buscar, la policía, los familiares, los vecinos, indignados, enfurecidos, violentos, con ganas de golpear, matar, linchar, armados o con palos o con puños. En la búsqueda a veces agarran a uno que es inocente o que es culpable de otra cosa. No lo matan, pero le meten candela a la casa, al rancho, a la pieza donde vive. Entre tanto el monstruo corre, huye, se esconde, en una cañada, en un basurero, en unas cloacas. A veces pasa una semana, un mes, un año y el monstruo sigue sin aparecer. Algunos ya lo han olvidado, otros apenas lo recuerdan, muchos ni siquiera sabían realmente quién era, cómo era, qué hizo.

Ha bajado unos kilos, ha perdido cabello, usa bigote, el monstruo, que ya se ha despojado de su apodo, de su condición y de su fama, reaparece en otra zona, en otra ciudad, en otro estado; actúa, viola y mata nuevamente. Puede ser otra niña, pero también un niño, una anciana. A veces son tres, seis, ocho, las víctimas.

Los atrapan como por casualidad, en redadas u operativos. Alguien en la Delegación lo recuerda, no sabe, no está seguro. En fin, viene la madre, la tía, el jefe. Sí, es ése. Le abren un expediente, nombre, cédula, edad, mientras lo golpean, escupen, insultan, perro, maldito, enfermo. Los policías saben lo que le espera, por eso no le hacen más. Lo llevan a Tocuyito, La Planta, Tocorón. Allí los presos, que han visto televisión, oído ra-

dio o leído prensa lo están esperando, para violarlo, golpearlo, matarlo, lo mismo que él hizo.

Cuando llega la comitiva lo recibe, con golpes, escupitajos, insultos, enfermo, perro, maldito. Le rasgan la camisa, los pantalones, lo desnudan. El monstruo logra soltarse, correr, esconderse en unos baños. No hay más a donde ir. Allí se llena, se unta, se embadurna, de orines, de excrementos, de lo que consigue. Y se ríe y los mira y los reta:

- Si quieren me matan, pero no me voy a dejar violar.

Los presos se turnan, para vigilar, para que no se escape, para mantener el asedio. Pasa un día, dos, tres. El monstruo tiene hambre, sed, sueño; siente dolor de cabeza, náuseas, desesperación; llora, gime, se arrepiente. Se levanta, decide salir, les dice:

- Pero no me vayan a matar.

Le causa pena haber dejado la fiesta, justo cuando la gordita pecosa estaba a punto de hacerse atractiva gracias a las bondades astringentes del alcohol, justo cuando ella acababa de sugerir que bailaran: él dijo que no, que nunca baila y, ella que, por favor, una sola pieza y él, lascivia etílica, que sólo baila con mujeres a las que les hace el amor y ella, impudor ginebrino, que le hiciera el amor, pues.

En lugar del aire acondicionado prefiere la fría brisa de la madrugada. Baja la ventanilla y el aire que entra se lleva los ruidos de una emisora mal sintonizada; se los lleva hacia la noche, tan cargada de posibilidades de atropellar un gato (pardo, porque a esa hora).

Se ríe, recordando los chistes que todos, en la fiesta, acompañaban con eructos indisimulables y coreaban con carcajadas hechas de tos, de una tos que llenaba el mantel de goticas de bebidas intuiblemente adulteradas. Se ríe, de las gorditas que son todas facilonas y viceversa, de saber que mañana (u hoy, a quién le importa la diferencia) hay que trabajar, de su esposa, que despertará y le abrirá la puerta, con esa cara de réplica, en porcelana sucia, del dragón de San Jorge.

Trata de recordar y calcular la cantidad ingerida, para sentirse más envidiado por sus compañeros de trabajo, que de lunes a viernes se ven obligados a seguir los devaneos de una telenovela en la que la protagonista se llama Jennifer o algo peor: se crió en una barriada y milagrosamente sus 90-60-90

sobreviven hasta los 18 sin que el embarazo ahogue sus sueños baratos de zapatillas y tinte Igora Royal. Litro y medio de ginebra, tal vez más. No lo suficiente para alcanzar el harapiento estadio del vómito, no lo suficiente como para simplificarse hasta la indigencia y dejarse caer allí, en la escalera que sube por el jardín hasta la puerta de entrada, custodiada por un par de sillones de mimbre que lucen abominables y esponjosos en la oscuridad.

Persevera en el intento de hacer que una llave entre en una cerradura. La operación se le antoja bastante compleja, le recuerda uno de esos juegos en los que, presionados por el tiempo (que está a punto de catalogarnos como oligofrénicos), tratamos de introducir un cilindro en un rombo.

La transición a la repentina e indeseable luz le permite la conjetura: su esposa ha despertado. Con una facilidad que lo abruma y empequeñece, se abre la puerta (que chirría interminablemente en la melancolía de la húmeda madrugada).

- ¿Sabes qué hora es?- pregunta ella; aunque seguramente al levantarse le dirigió una mirada a la mesita de noche donde su reloj descansa de la cruel labor de estrangular adiposidades; de seguro, al pasar cerca de la cocina, no pudo evitar mirar el reloj que quiere parecer una sartén o viceversa y, también, debe haber visto el reloj de péndulo que está en el pasillo, un reloj desacompasado: para saber la hora real hay que hacer una operación similar a la que se usa para llevar los grados Fahrenheit a centígrados.

- Como las tres- dice él, sin poder sostener aquella mirada que tiene el valor de una coz.

Las siguientes líneas del libreto son muy manidas como para querer interpretarlas; además, tiene sed. Huye hacia la cocina. Las llamaradas del dragón lo buscan: su esposa lo persigue, los gritos lo persiguen. No escucha, trata de no hacerlo, pero algunas palabras se alojan en la cadena de huesecillos.

Tres gavetas hacia la izquierda y una hacia abajo, está la que a veces se cae y a veces le recuerda al Dr. Scholl: allí debería haber un vaso. Aunque, sólo está ese cuchillo, que en su mano postula la idea de que el infinito torrente de hasta cuándo, puede derivar hacia las tranquilas aguas del silencio. De una manera brusca y postiza se vuelve y su esposa ve el cuchillo que le sugiere dejar de hablar, de discutir, de blasfemar, de eructar veneno, de gritar palabras que saben a ajo y a maldito seas.

La mejor forma de continuar con el aire de histrionismo de la escena es empujarla contra la pared, taparle la boca con la mano (izquierda, en la derecha está el reluciente instrumento), para que no hable ni grite ni discuta ni madre que te parió. Con el cuerpo retiene la espaciosa figura mientras, con calculado desorden, tratando de que no coincidan los lugares, hunde repetidas veces el cuchillo, que va desgarrando con un extraño crujir. Así hasta que siente que el cuerpo se pone fofo y los pies dejan de sostenerlo y cae sobre él, con su caliente viscosidad. Se quita ese peso de encima (setenta y nueve, para ser exactos). Se pone de pie y contempla, con fatigoso desdén, a su esposa, el cuerpo de su esposa, el cadáver de su esposa. Deja caer el cuchillo, ensangrentado al igual que el cadáver, al igual que su ropa.

Sin culpa, sin agitación y sin lástima, piensa que, si va a deshacerse del cuerpo, lo más apropiado debe ser un cambio de ropa (hay un prejuicioso y acaso poco pertinente sentido de

la corrección en la idea). Con autoimpuesta serenidad camina hacia su cuarto. Una vez allí, la cama le sugiere descansar un poco, antes de tener que mortificar su cuerpo con aquella carga. Se sienta en la cama y se quita los zapatos (le sorprende que estén más ensangrentados que el resto de su vestimenta). Más por negligencia que por verdadero deseo, se deja caer en la cama y se duerme.

Aún no dan las siete cuando se despierta. Lo despiertan unas cacerolas que se golpean insensiblemente en la cocina, cubiertos entrechocando y unas gavetas cerradas con violencia, como para hacer ver que hay disgusto en quien así obra.

Se sienta en la cama, pasándose la lengua por los labios, gustando, como por autoflagelación, un sabor inciertamente bilioso (imagina que así debe ser el sabor de un sapo). Se sujeta la cabeza con las manos: siente que el interior tiene la consistencia del algodón mojado. Le llega un olor de tocineta y huevos fritos, junto con los ruidos (hasta el chorro de agua parece haber multiplicado su volumen).

El espejo lo repite, inmisericorde: su cara es la expresión gráfica, en ojiva de Galton, del sabor del anuro (eje de las abscisas) y el dolor de cabeza (ordenadas). Está terminando de abotonarse una camisa blanca, de una asepsia incuestionable, cuando su mujer asoma al cuarto su cara de aprendiz de paquidermo. Más que una pregunta, parece un reclamo o un reproche:

- ¿Sabes qué hora es?- y se queda mirándolo, aunque seguramente ya debe saber la respuesta.

- Casi las siete- le responde, no obstante. No puede evitar sentirse culpable por la inveterada manía de avanzar que tienen los minutos y las horas.

Cuando ella se va, de nuevo a la cocina, él se pone los zapatos, limpiándoles un poco el polvo, usando para ello los mismos calcetines que ya tiene puestos. Siente náuseas. Se promete que la próxima vez comerá algo, para gozar de las virtudes terapéuticas del vómito (si las náuseas son inevitables, pues).

En el comedor huele a café, símbolo de la misericordia humana en estas horas aciagas. En la mesa lo espera un plato de huevos con jamón, que tiene algo de reptil, viscoso y desagradable. (Parece que ella intencionalmente cocina así, como otra de las mil formas que ingenia para afligirlo.) También lo esperan los gritos de la mujer, defecando oralmente sobre el día, fecha y hora de «acepta usted por esposo a».

Se levanta a buscar una taza para tomar café, pero en su lugar vuelve a tropezar con el cuchillo. Esta vez ella está sentada y él no tiene que arrinconarla contra la pared. Fuera de ese detalle, lo demás es igual («como cuando creemos que repetimos una escena, acaso vivida en una existencia anterior», podría haber pensado, de haber estado pensando).

Cerca del cadáver de su mujer está el cuchillo, que tiene un aire de remota majestad. Más que la desazón por la escena repetida, más que el remordimiento o la turbación por los hechos, le angustia pensar que el número de cuchilladas pudo haber sido el mismo. Ve el cuerpo y siente algo más confuso que el miedo, más profundo tal vez, que lo obliga a abandonar aquella sala, aquella casa.

Cruza algunas calles que se le antojan fantasmales. Le da igual sentarse en cualquier banco de esa plaza, que luce como cascarón vacío. Pasa algunos minutos sosteniéndole la mirada vacía al busto de un personaje desconocido. La inscripción debajo del busto está hecha en unos signos totalmente intraducibles (al final, en español, se aclara que la pieza y la placa fueron donados por una comunidad de libaneses). Luego observa a un anciano que alterna la labor de recoger las hojas caídas con periódicos y prolongados tragos a una botellita clandestina que desaparece en el misterio insondable de uno de los sacos que cuelgan sobre su hombro.

No sabe qué hacer, en qué pensar. Decide regresar a su casa. Con fingida naturalidad deambula entre la gente, que apurada camina hacia sus pedacitos de status quo. Nadie ve a nadie y nadie se fija en él ni en su ropa, en la que ya no brilla tan delatoramente la sangre: en realidad las manchas son más bien opacas y escasas (no tuvo que sostener el cuerpo ni, como en la primera oportunidad, éste había caído sobre él).

La casa, en medio de la ramplona mañana, muestra dos detalles que la diferencian del resto, fastidios idénticos repetidos hasta el cansancio del paisaje: la luz del jardín, anómala e innecesariamente encendida y, la puerta, aún abierta. A un lado de la entrada los sillones se aburren como dos personajes de Faulkner.

Traspone el umbral de la puerta y respira el aroma dormido de la casa: hay algo de alfombras polvorientas y de enjuague bucal, huele a huevos fritos, a tocineta y a sangre. Sin intención cierra la puerta de una manera algo ruidosa. Del cuarto sale su cónyuge, que le pregunta:

- ¿Sabes qué hora es?

Esta vez él no responde. Ella va a preguntarle por qué (demonios) no había ido al (maldito) trabajo, para poder iniciar tranquilamente sus injurias. Pero él la toma por la gordezuela muñeca y la conduce a rastras a la cocina. Ella insiste en hacer preguntas chillonas, que hacen juego con los adornitos imantados de la nevera. Él trata de pensar en dónde estará el cuchillo: tiene que ser ése y no otro. Un inverosímil silogismo le permite saber que el cuchillo aparecerá en la primera gaveta que abra. Así ocurre: en la primera gaveta aparece el cuchillo, con algo de impudicia y de calma contenida.

No tiene que perder el tiempo tratando de taparle la boca a su cónyuge: ella enmudece sola ante la visión del acero. Él procura ser más metódico: dos o tres cuchilladas deben bastar. Lo hace casi con fastidio, como por cumplir un rito que significó algo alguna vez.

Marca, un poco entorpecido, los tres dígitos. Procura no hablar mucho, dar su dirección exacta y colgar antes de que comiencen las preguntas que la policía juzga necesarias para descubrir en el acto a los que llaman con ánimos de darse una importancia inexistente. Su mano izquierda aferra, con una aprensión casi infantil, la exangüe muñeca de su cónyuge.

No hay tiempo para la confusión, para pensar en la última vez que pudo pensar con coherencia, para un café que necesita urgentemente (habría sido bochornoso tomar el café sin soltar el cadáver: no puede soltarlo). Como para terminar de subrayar lo ficcional de aquella mañana, la policía llega de manera inmediata.

Con una solemnidad y unas precauciones que lucen sobreactuadas, la policía lo conduce, esposado y supernumerariamente custodiado, a una de las patrullas. No echa un último vistazo a la casa. Así no puede ver cómo llevan, a las ambulancias que con sus sirenas llenan el tibio bostezo de la impoluta mañana, uno tras otro, cuidadosamente envueltos como regalos de día de reyes, tres cadáveres.

Más vale ser rey por un día que tonto toda la vida. Dicen que eso lo dijo Shakespeare. No lo sé ni me consta. Sólo se lo he oído a mucha gente y lo he leído en algunos mails de esos que te mandan nada más para que tú los reenvíes. Cuantas más personas lo reciban de tu parte, más pronto de lo que te imaginas esa persona a quien tú amas te llamará para decirte que ella también siente lo mismo por ti. Y si no, si rompes la cadena, te pasará lo que a una chica en Brasil, a quien un camión arrolló tres veces el mismo día. Yo nada sé de Shakespeare ni creo en esas cosas, pero sí reenvié muchas veces los mails, por si acaso, quién sabe... He aquí que ha llegado mi día de suerte, cuando contemplo ante mí, sin nada que oculte los secretos de su majestuoso cuerpo, a la mujer más hermosa, sexy y deseada de este país tan cruel e incomprensiblemente lleno de mujeres hermosas, sexys y deseadas. He aquí que contemplo su cuerpo como quien ha llegado a la cima y sabe que no hay montaña más alta y por eso mismo demora la mirada por largo rato en derredor y siente que a pesar de todo hay momentos que justifican y acaso excusan todo lo pasado y todo lo porvenir, aunque después se tenga que descender al mundo plano y cochino. Y así, yo miro a esta mujer, como la más elevada cumbre de la belleza y de la perfección humanas, pero no quise verla toda de una vez sino que lentamente fui descorriendo la sábana: vi primero sus cabellos, sus ojos absortos y su boca entreabierta como a punto de musitar una oración o de dar un primer beso. Vi su barbilla altiva de mujer que desdeñosa pasa por entre las miradas y comentarios lascivos de los tipos como yo, que no

están a la altura de su prestigio. Y vi su cuello de cisne. Y seguí descorriendo y recorriendo con la mirada golosa del avaro: vi su hombros perfectamente torneados y luego sus senos, absolutamente perfectos y absolutamente naturales. Y seguí bajando la vista por su vientre, liso y suave, como labrado por una corriente de agua; su ombligo (no sé quién dijo que en una mujer perfecta el ombligo debía ser tal que pudiera contener un grano de café). Y su pubis de ángel, porque si los ángeles hembras tienen pubis debe ser como éste, con un ligero abultamiento y un ligero vello como el plumón de las aves recién nacidas. Y luego sus piernas, que van descendiendo en suave y perfecto declive, sin que el abultamiento de la rodilla desentone el conjunto, hasta llegar a un pie breve, pequeño, bello, que si no tuviera nada más que eso ya bastaría para afirmar que se está ante una mujer de indudable y extraordinaria belleza. Pero no basta con ver; hay que tocar. Creo que en el hombre el conocer, acaso también el poseer, van unidos al deseo de tocar. Y así yo toco, oh Dios, esta piel tan firme pero tan suave. Pero no basta con tocar con las manos, hay que tocar también con los labios todo lo ya visto y ver que lo presentido es tal como lo vivido o viceversa. Y entonces también aspiro el aroma de su entrepierna y con los labios rozando apenas el pubis siento unos deseos incontrolables de llorar y una dicha loca y un éxtasis como el que no puede producir ninguna droga. Sé que podría poseerla, poseer su cuerpo pero no a ella o a su belleza. Pero sé también que en cualquier momento van a llegar las mujeres que van a vestirla y maquillarla y ponerle sus atavíos de reina para exhibirla, como una auténtica muñeca Barbie de tamaño natural, en una caja de cristal. Y subo entonces otra vez la sábana y sé que si no he sido el primero en su vida, sí he sido el último hombre que ha contemplado su desnudez en todo su esplendor, antes de que la corrupción natural que sufren todos los cuerpos la haga ser

algo tan desagradable que no deseen más que los chacales, los buitres o los gusanos. Hoy hay sido el día más feliz, no sólo de los 19 años que tengo trabajando en la morgue sino de los 46 que tengo de vida.

Aunque ya eran las dos de la tarde, el calor no molestaba demasiado: una brisa, seca como lo es siempre en el mes de febrero, soplaba desde el norte y refrescaba un poco al hombre, en el tórax, gracias a la camisa entreabierta, y en el rubicundo rostro enrojecido, a medias cubierto por el sombrero que dejaba filtrar algunos rayos de sol entre el tejido de palma.

En el camino terroso, las tres sombras lucían desproporcionadas: el perro inquieto y correlón; el hombre, alto y robusto; Hilda, la hija, de trece años, menuda, pequeña, delgada; en eso no se parecía ni a él ni a su mujer, que era mediana y algo entrada en carnes. Tal vez haya salido a la abuela, una india, warao, que no superaba el metro y medio, se decía a menudo el hombre.

Decidieron recoger unas limas, que se estaban perdiendo por la desidia de esa gente que sólo venía a su terreno en diciembre y en agosto, a beber y meter bulla. Fue Hilda la que sugirió que subiría ella: las matas eran bastante endebles para soportar el peso del hombre, éste se conformó con recoger los que estaban en el suelo y agarrar los que podía alcanzar desde su estatura. El perro aprovechó la pausa para ir a observar una bandada de zamuros que cubrían un ciruelo ya seco y averiguar la causa por la que estaban allí los pajarracos.

Cuando la vio allí, subida al árbol, su mirada recorrió las pantorrillas y los muslos hasta donde la falda lo permitía. Carmelo miró con una atención extraña e inquietante, acaso in-

justificada y, sintió un estremecimiento que no era natural, tratándose de que a quien veía era su hija de 13 años, carne de su carne, sangre de su sangre.

Tuvo que obligarse a sí mismo a alejarse. Fingió una necesidad de ir a llamar al perro y a averiguar también la causa de la expectación de los zamuros. Ni siquiera la poca agradable visión de un animal descompuesto -la razón por la que acechaban los pajarracos- bastó para alejar de su mente aquella otra imagen que aún lo perturbaba.

Esa noche soñó que estaba otra vez en la escuela, sentado en un pupitre que le venía estrecho a su corpachón. La maestra era su hija: llevaba lentes y una fusta para golpear los caballos, usaba una minifalda de cuadros y un brassier blanco de encaje. Tuvo también visiones en duermevela. Una punzante idea que iba y venía cada vez con más fuerza, le permitió llegar a la conclusión:

Si sentí eso, no es mi hija.

Fue a tomar agua y tuvo que luchar consigo mismo para no entrar al cuarto donde la hija dormía.

Al regresar a su dormitorio, la mujer de Carmelo, que había estado sintiendo su agitación toda la noche, le preguntó qué le pasaba. Él se sentó, dándole la espalda. Sin preámbulos, sin ninguna explicación previa, sin justificación aparente, sin nada que permitiera comprender cómo había llegado a esa conclusión, el hombre inquirió:

- Ella no es mi hija, ¿verdad?

La mujer presintió que el mecanismo mediante el cual Carmelo había llegado a esa verdad era irrefutable; contó todo: contó cómo, cuando vino el primo, Lisandro, un indio ladino, que no veía a nadie de frente cuando hablaba, la había tumbado encima de unos sacos de yute junto al fogón, un día, mientras Carmelo andaba viendo el gusano que estaba comiéndose el maíz. Después hubo otras veces. Ella sospechaba que Carmelo no podía tener hijos, así que consideró aquel pecado como una bendición.

Aun en medio de la oscuridad la mujer pudo ver o intuir, el brillo del cuchillo de monte que el hombre siempre llevaba consigo (ni aun dormido lo dejaba). Aun en medio de la oscuridad el hombre supo dónde asestar el golpe: la respiración agitada delataba la exacta posición del cuerpo. Sabía que estaba haciendo lo que debía. Pero aun así una duda lo asaltó: ¿cuál era el siguiente paso? ¿Debía dar muerte también a la hija? ¿Entregarse después? ¿Huir? ¿Matarse acaso?

En el cuarto de *su* hija (ya no debía decirse eso, pensó) se respiraba un olor dulzón, como el del papelón cuando se pone en baño maría, para derretirlo y hacer algún dulce. Se sentó en el borde de la estrecha cama; la joven apenas emitió un murmullo, pero no despertó. El primer destello de luz de la mañana lo sorprendió aun allí, con la pregunta fija en la mente.

El hombre puso sus manos callosas y secas sobre el hombro de la niña, con el interior del antebrazo, como sin querer, apenas rozaba uno de los senos recién nacidos, cubiertos levemente por una burda franela. La niña despertó y sonrió, como dándole a Carmelo la respuesta que estaba buscando. No, ésa no era su hija y ya él no estaba casado.

A mí tampoco me gustan las casualidades. No obstante, necesito conjugar varias casualidades para poder dar curso al relato. Mi excusa podría ser la veracidad de los hechos, decir que todo lo que narro ocurrió en la realidad. Aunque, «calificar un relato de historia verdadera es un insulto al arte y a la verdad», dijo Nabokov. Creo que no le falta razón.

La primera casualidad quiere que ese día Jana y Andrés estuvieran en ese lugar, visitando a una tía de las menos queridas, con quienes hay que cumplir de vez en cuando (más o menos por épocas de vacaciones, cuando uno no se va de viaje y no se tiene nada mejor que hacer). Jana dijo que no al café, pero aceptó un jugo, jamás llegó a saber de qué era (la cortesía le aconsejó no preguntar), supuso que podía ser melón o lechosa. Que las opciones fueran limitadas le causó alivio.

Si bien es cierto que se habían prometido no permanecer más que media hora en la casa de la tía, se sustrajeron del voto. Este retardo provocó una nueva casualidad nada casual: la vecina, que gusta de conocer a los visitantes que llegan a cualquier casa cercana, valiéndose del vil pretexto de regalar una ínfima porción de dulce de *cabellos de ángel*.

- Ay, vine porque te quería traer este poquito de dulce, pero si hubiera sabido que tenías visita- mintió con acostumbrado descaro.

- No te preocupes, ellos son unos sobrinos.

Presentaciones, preguntas, repaso de los temas ya vistos, ¿oíste lo último que dijo el presidente?

Es difícil decidir cuál es la verdadera casualidad, cuál es la que más pesa: la visita, la vecina, que Andrés decidiera cortar la conversación justo en ese punto, para que las mujeres pensaran que los hombres (en estos casos, un solo miembro se considera una muestra lo suficientemente representativa) con ese apuro *no dejan que una hable tranquila*; Andrés a su vez pensó que las mujeres (tres es una muestra aún más representativa) *creen que uno no tiene nada mejor que hacer* (pensando en una partida de dominó que ya tenía prevista con su compadre Antonio).

- Hasta luego, tía.

- Hasta luego, ¿cuándo vuelven?

- Un día de éstos- «el martes chino», pensó Andrés.
- Hasta luego, señora, un placer.

Caminaron hasta donde estaba el carro. Como había un árbol caído, tuvieron que dejarlo unas casas más allá (otra casualidad). Mientras caminaban comentaron que la vecina de la tía era más pesada que un collar de bolas criollas, más salida que un balcón, más metida que una gaveta, que hablaba más paja que un libro de primaria y que era más mentirosa que una paltó marrón.

- ¿Tú oíste cuando dijo que Caldera era su compadre?

Jana no respondió porque en ese momento recordó algo:

- Papi, espérate que tengo que llamar a Tere.

Éstas (detenerse a mitad del camino y sacar el celular) son las dos últimas casualidades del lado de las víctimas.

- o -

Perozo y el Gocho tenían como dos años en esa lucrativa actividad, el mismo tiempo que llevaba Perozo suspendido, por razones que tampoco merecen ser recordadas (deben haber sido insignificantes: sólo lo suspendieron, no hubo cárcel). Hasta distinguido nada más había llegado, así que no se perdió mucho.

Nadie nunca sabe cuándo es cómplice de algo. Guido se llamaba aquel ingeniero. Ya era época de vacaciones. Tenían un resort en Margarita. Dos semanas que no caerían mal a nadie, ni siquiera a la señora de servicio. «Señora Magaly, no tiene que venir por quince días. Ya le avisamos a los vecinos. El perro se va a quedar en una guardería». Le regalaron un dinero.

Magaly se puso tan contenta que le contó a una de sus amigas, Belkis, esposa de un pastor evangélico. Ésta a su vez le contó a Miriam, la que vende empanadas en el Mercado Periférico, quien a su vez le contó a Matilde, la que trabaja en el cafetín del Hospital Central, quien a su vez le contó a la Gocha, que no hace nada sino administrar lo que obtiene su esposo.

La información no se detiene, no se puede represar, fluye, es continua, pero a veces también se puede reconstruir o remontar el curso. Hasta Perozo llegó la información. Quitarle la llave y pedirle la dirección exacta a Magaly no fue muy difícil:

todos creen que a Perozo no lo destituyeron sino que ahora es PTJ y trabaja de civil, encubierto, y el hijo de Magaly se fuma sus cosas de vez en cuando («aunque él no es malo», asegura la señora).

El Gocho no usa armas o no las muestra. Perozo cuando realiza una faena no esconde el arma hasta que piensa que ya no va a necesitarla. Perozo estaba seguro de que la mujer lo había visto saliendo de la casa, con cara de sospechoso y con un arma en la mano. Por eso estaba llamando, desde su celular, a la policía.

- Señorita, suelte eso.

- o -

Andrés estaba unos pasos más allá, semioculto por el árbol caído. Había visto en la verja al propietario de la casa en cuyo frente se estacionó; pensaba disculparse. Como Jana prolongaba tanto la conversación por teléfono, habló un poco con el señor, sobre la tormenta que había derribado aquel árbol.

Andrés sólo vio a Perozo cuando éste ya apuntaba a su esposa. Perozo no veía a Andrés, porque le daba la espalda. El señor le dijo a Andrés que no se moviera. Andrés no podía hacerlo en realidad. El señor apareció a los pocos segundos con una beretta reluciente:

- Tome, aproveche que está de espaldas. No le diga nada, dispare de una vez.

Pensando más en lo que iba a decir y, posteriormente, dijo, antes que pensar en la manera de disparar, Andrés empuña con vacilación el arma, «que acaso no sabrá manejar, y sale a la llanura».

No es casualidad que esta historia termine de una manera similar a aquel relato titulado *El sur*. Es una mala costumbre que tiene la realidad de copiar algunas veces a la ficción.

Quince días antes todos la habían visto en la agencia, cuando renunció a su carrera sin dar mayores razones. Ya en ese momento se sospechaba de su embarazo. Un día antes alguien la vio, sentada en una mesa del Club Campestre, hojeando distraídamente una Cosmo Viñedo. Horas antes un empleado del Hotel Casino la vio entrar, con una pañoleta en la cabeza y unos lentes oscuros (aun a pesar de que eran más de las diez de la noche). «Siempre hacía eso, aunque aquí ya todo el mundo la conocía», dijo el empleado. Nadie la vio salir.

Antes que la viera aquel borracho trasnochado que se detuvo a la orilla de la autopista para descargar los residuos de la caja de cerveza que se había despachado, unas moscas madrugadoras habían encontrado el cadáver insepulto y de ojos abiertos a la mañana que despuntaba como si todo estuviera igual. El hombre se orinó los pantalones.

Ningún signo que justificara la hipótesis de la violación. Nada que permitiera inferir un robo. Aun pendía de su cuello un regalo de su madre: la cadenita de oro con una placa, en cuyo anverso estaba una virgen y en el reverso unas iniciales que angustiosamente le recordaban su verdadero nombre y no aquel con el que desfilaba ante los rutilantes flashes: María de la Coromoto, conocida como Elizabeth (ella pensaba que ese nombre, tomado de una tía, era más chic).

Las miradas de todos nosotros, periodistas, padres, chismosos, escritores, morbosos asiduos de las páginas rojas,

se posaron sobre el infalible Ramos: su cabello revuelto, su eterna chaqueta café (a punto de biodegradarse), sus ojos legañosos. Cuando algo así sucedía, a todos nos daba por recordar las hazañas lógicas de Ramos.

Tiempo atrás, cuando nadie había podido decir una palabra cierta sobre la muerte de tres mujeres muy guapas y muy altas, ocurridos en diversas circunstancias, en lugares, con armas y *modus operandi* distintos; cuando no se podía establecer una patrón común, Ramos elaboró una lista de todos los sospechosos, mandó a que los midieran y concluyó que era el más bajito. En efecto, el hombre había sido rechazado una vez por una de ellas, debido a la estatura, según confesó tranquilamente.

El pasado abundaba en éxitos de este tipo. Javier Fernández hijo no se había suicidado, simplemente, ni se había disparado accidentalmente la nueve milímetros de su padre. La historia era más compleja. El matrimonio era una pareja exitosa: él había sido uno de los pioneros del básquet organizado en Venezuela, fue apenas el segundo venezolano en jugar en el exterior (después de Ramón *Tulo* Rivero) y hasta entrenó a Trotamundos. Se licenció en Educación Física en Stanford. Fue fundador de la carrera de esta especialidad en la Universidad de Carabobo.

La madre, por su parte, fue una de la primeras graduada *summa cum laude* en la Escuela de Medicina después de la reapertura de la mencionada universidad. Publicó un volumen sobre pirexia prolongada. Llegó a ser Jefa del Departamento de Investigación y hasta Directora (encargada) de Escuela. Su ruidosa derrota en las elecciones para Decana de Facultad se tradujo en un hábil movimiento político: su esposo sería el Director de Relaciones Interinstitucionales.

Pero después comenzaron las desgracias: los hijos, los hijos. La mayor se comprometió con un árabe adinerado sí pero algo extravagante, poco seguidor de las buenas costumbres de su familia y más bien amigo de francachelas. Misteriosamente la hija cayó al mar desde el yate de su prometido la noche que celebraban el anuncio de la boda. El árabe junto con su familia trasladaron las operaciones a Palm Beach o algo así.

Las esperanzas de la familia se volcaron en el otro hijo. Javier auguraba un buen futuro en el baloncesto. Un metro ochenta y cinco bien distribuidos. Todas las destrezas básicas, físicas, técnicas, tácticas (tal vez algo fallo en las psicológicas); salto, penetración, *dribling* con las dos manos, tiro de media y larga distancia. Su mayor deficiencia era la defensa; eso se notó bastante en el torneo interno de la Universidad.

En la final de dicho torneo sus sueños comenzaron a desvanecerse, cuando un desconocido (es decir, yo mismo) les arrebató la victoria, anotando cuarenta y tres puntos, incluidas nueve cestas triples. La responsabilidad de la derrota recayó mayormente en el jugador que debía marcarme (o sea, Javier). Así fue perdiendo la confianza del entrenador y su puesto de abridor. Era yo quien habría de iniciar los juegos de la selección principal.

Después fue dejado también por fuera en Trotamundos, aun a pesar de las influencias del padre. El Expreso Azul tenía la mirada puesta en un tal Diego Guevara. Se acabaron sus posibilidades de beca en Estados Unidos y se resignó a seguir estudiando Educación Física en la Carabobo. Aunque, tras largos cuatro años, aun no pasaba del tercer semestre. Y eso que yo le hacía los trabajos de Filosofía.

El padre cansado un día le dijo:

- Hijo, has sido mi más grande decepción. Si lo hago yo terminaré de rebajarme. Aquí está la pistola. Hazlo tú.

Ocho días tardó Javier en decidirse. Fue un lunes, un día después de que regresamos de aquellos juegos en San Felipe. Él apenas sí jugó, dos minutos, al final, cuando ya el partido estaba decidido a nuestro favor, gracias a mis nueve robos de balón, cuatro de los cuales fueron en los últimos cinco minutos del primer tiempo. Javier venía cabizbajo, en el viaje de regreso, no quiso compartir con nosotros la botella de anís con que celebrábamos el triunfo. Eso hizo que se ganara el desprecio de los demás compañeros. Richard, alias la *Gota fría*, comenzó a decir que Javier se comportaba como *María la del barrio*.

La versión final y completa de la historia sólo se conoció después de que el padre fuera acorralado por Ramos, quien tenía claro todo lo que había pasado. Ramos habló con todos los compañeros de clases y de equipo, profesores, pero nunca quiso hablar conmigo. Imagino que le inspiraba desconfianza mi cabello largo, que le parecía falto de seriedad, qué sé yo.

Lo mismo había logrado Ramos con aquel joven, Pestalozzi, que para deshacerse del problema ocasionado por su novia (la muy estúpida había cometido el error de embarazarse), estrelló contra un poste la Blazer que Pestalozzi padre le regalara. La chica no tenía puesto el cinturón de seguridad porque el novio le aseguró que eso le podía hacer daño a la criatura. Por ello, además del feto de quince semanas (que era el objetivo original), murió la jovencita de 17 años. El joven Pestalozzi confesó, acorralado, abrumado por la sapiencia de Ramos.

Todos estos éxitos eran conocidos por los valencianos. Lo que no sabíamos era que detrás de todo hombre siempre hay una mujer. Las investigaciones de Ramos se apoyaban en las brillantes deducciones de la esposa, mezcla de intuición, lógica, una memoria infernal, un infalible archivo mnemotécnico, para todas las novelas y películas y teleseries policíacas. Pero ésos eran secretos de alcoba que nadie tenía por qué conocer.

Lo que tampoco sabíamos, lo que más atribulaba a Ramos, era que él había amado a Elizabeth en secreto. Y lo de secreto no quiere decir que se hubiese enamorado como un adolescente. Ambos se habían amado en secreto, se habían prodigado caricias de corto, mediano, largo y profundo alcance, sin que nadie lo supiera (salvo los muy lacónicos empleados del Hotel Casino). Últimamente habían espaciado sus encuentros. Ramos sospechaba que ella veía a alguien más pero no le inquietaba. Él siempre había sido muy tranquilo, nada temperamental.

El comisario, viendo el estado atribulado de Ramos y pensando que era otra la causa, le dio un asueto. Pero en casa se sentía peor: revisaba los periódicos; ya no aparecían notas sobre Elizabeth. Escrutaba a su esposa, se deslizaba a la cocina a esperar el momento, como había sucedido tantas otras veces, cuando ella se quedaba con la cuchara de palo cerca de la boca y decía:

- Y si fuera...

Luego la cuchara llegaba a su destino y ella sentenciaba, como si no hubiera dicho nada de lo anterior:

- Falta una pizca de sal.

Pero ahora nada. La estadía en la cocina era una película de terror. Ella inútilmente lo consolaba. Le pasaba la mano por la enmarañada cabellera. Le decía:

- Deja esos periódicos. Ya vas a ver que pronto se presenta otro caso y la gente deja quieta a la modelo flacucha ésa, que no sé qué tanto le veían.

Víctor, a quien cariñosamente apodaban *el nene*, era un buen *bochador*. Con una cerveza en la izquierda y una bola en la mano derecha, rozándola suave, maquinalmente, contra su pantalón, como si la acariciara o se acariciara, meditaba profundamente y presentía, sonriente, el sonido seco de un boche *clavado*; cuando de repente se detuvo, como si recordara que tenía algo que hacer.

Eso fue precisamente lo que dijo. Recordó que tenía que hablar con su esposa y le vieron salir muy tranquilo, luego de vaciar el contenido de un *tercio*. Quienes le vieron entrar al bloque de apartamentos y subir las escaleras se refirieron a su andar en los mismos términos: tranquilo.

De qué hablaron, no se supo. Pasaron horas y no se escuchaba nada, a diferencia de otras ocasiones, cuando los gritos y las amenazas eran tales que se hacía necesario subirle el volumen al televisor para saber qué respondía, en la pregunta por cincuenta millones, el segundo participante de la noche, a quien ya no le quedaban más comodines.

El silencio de aquella noche de domingo (silencio había pues no transmitían *Quién quiere ser millonario*) fue violentamente interrumpido por una ventana que se rompía y un objeto grande y pesado que cayó o rebotó sobre algún vehículo estacionado, activando la alarma de éste y de todos los que quedaban cerca.

No era un objeto cualquiera. Era Lucía, la esposa del Nene; era Lucía a quien su esposo había arrojado desde el apartamento del tercer piso, a través de la ventana de la cocina, aprovechando la diferencia de más de cincuenta kilos de peso entre ambos. Pero la suerte quiso que la mujer, luego de volar literalmente los diez metros, no cayera directamente al piso, sino que rebotara sobre el techo de un Ford Sierra. El techo cedió, amortiguando la caída y la mujer, aunque golpeada y sangrante, seguía viva y consciente.

El primer movimiento de los curiosos fue acercarse a ver y luego tratar de ayudar, pero la furia del Nene se había desatado y comenzó a arrojar todo lo que podía, impidiendo, por un lado, que se acercaran las personas y, por el otro, tratando de terminar lo que en un primer momento no había conseguido. Éste al parecer era su principal objetivo, porque mientras arrojaba las cosas (desde el televisor hasta unos bloques que se habían comprado para una remodelación en el pequeño apartamento) gritaba:

- Maldita, te quería matar y estás viva.

Algunos vecinos estaban armados y comenzaron a disparar, sin que el agresor se diera por enterado. Pero tanto ellos como el Nene mostraron una puntería infame. Cuando arrojó el teléfono sin conseguir, por enésima vez, dar en el blanco, el *Nene* tuvo una idea que le pareció brillante. Maniobrando con dificultad en el alféizar de la ventana su redonda figura, el Nene trató de apuntar bien y se lanzó al vacío, buscando dar con su humanidad sobre el cuerpo de su esposa, que no había conseguido moverse del lugar donde cayó.

Ni en sus peores días jugando bolas el Nene había fallado tantas veces, incluyendo la última. Cayó a un lado del cuerpo de su esposa sin rozarla apenas. Mientras agonizaba, viendo a su mujer, recordó el juego nuevo de bolas que le habían regalado en la empresa por haber sido el campeón *bochador*. Si hubiera intentado con ésas, pensó, habría sido una buena oportunidad para estrenarlas. Las estaba guardando para una ocasión importante. Y exhaló.

Piedad Rondanini

Venía huyendo, desde más allá de más nunca, desde el sur del remoto sur de la ciudad, desde donde la basura y la arrechera te estrechan aún más la sinuosa calle. Venía huyendo porque ya sabían, lo sabían todo y lo sabían todos. Sabían que era él a quien se le había ido un tiro (¿se le había ido o lo quiso hacer? Qué más da) y había dejado en el sitio a un policía estadal, gordo, que usaba un uniforme remendado. Un pobre policía de ésos a los que mandan a custodiar los mercados municipales.

Pero quién lo manda a tratar de dárselas de héroe, quién lo manda a querer sacar la pistola, acción que demoró más de diez segundos, dándoles a todos el tiempo bien de huir o bien de disparar. Se veía que no quería hacerlo, que no quería enfrentarlos. Pero, ¿por qué se me tuvo que ir el pulso, coño? Era lo que pensaba, golpeando el volante con furia, tocando corneta a una mujer que se sentía con derecho a pasar sólo porque el semáforo estaba en verde.

Los policías te dejan hacer cualquier vaina y no te joden, pero si quiebras a uno ya estás listo. Y lo peor es que cuando cometes un error de este tipo todos te dan la espalda. El único que lo había ayudado, a medias, era el Diablo, su pana, con quien estudió lo poco que estudió de primaria. Diablo tenía un hermano por allá, ya no se sabía si eso era Valencia o si ya se llegaba al estado Guárico. Para unos días estaba bien, pensó.

Pero los tipos no se iban a quedar con esa vaina, eso lo sabía, pensaba mientras pasaba por el distribuidor la Quizanda. Y además, sabiendo que él y Diablo eran tan amigos, tarde o temprano iban a llegar. Dos días justos tardaron en aparecerse por ahí. Qué rápido resuelven las vainas pa' ellos estos coños. El hermano de Diablo le advirtió (la policía andaba por la zona buscándolo), tomó un machete y se metió por entre unos camburales. ¿Por qué él no lo siguió? ¿Por qué no tomar esa vía en vez de agarrar el carro y tratar de atravesar la ciudad? ¿Rumbo a dónde? ¿Cuál era el plan? En San Blas no lo querían, en el Calvario tampoco. Mañonguito, Mañonguito podía ser la alternativa.

Teniendo esa idea en mente se trazó una ruta. El carro era un Malibú de los viejos, *jalaba* y podía llevarse por delante lo que se le atravesara. Pero los carros que les dan a las ratas éstas también son una vaina seria, pa' nada, porque lo que andan es pura *ruleta* todo el día. Ni se molestaban en prender las sirenas y las baterías de luces. Pero él podía verlos, podía ver las camionetas rojas con los *mataburros*, zigzagueando entre los demás vehículos, y podía distinguir las luces altas. Era una persecución silenciosa, fantasmagórica.

Necesitaba un trago de aguardiente, *perico*, algo que le calmara los nervios. Pensó en poner la radio. Miró el aparato y se preguntó si serviría: el carro lo habían *levantado* hacia unos días, poco antes del suceso del policía, lo habían dejado guardado en casa del hermano de Diablo para un *quieto* que iban a *lanzar* en Maracay. Cuando levantó la vista se dio cuenta de que algo no iba a salir como estaba previsto en su rudimentario plan. Los vehículos estaban detenidos, embotellados, poco antes de la redoma de Guaparo.

Había tiempo para un solo *maldita sea*, un golpe más al volante y ahora la huida (nuevamente, ¿hacia dónde?) dependía de sus pies, de las piernas de los policías, de la puntería de ambos. Aunque el sólo tenía un cargador y una 7,65, que era nada frente a las uzis y las 9 mm de los perseguidores.

Cuando estaba bordeando la iglesia sonó el primer disparo, que lo obligó a plegarse a la verja. La gente gritó: los que habían salido de los vehículos para escrutar la longitud y la causa de la cola, volvieron a los carros; los que estaban dentro, agacharon la cabeza.

Rápidamente pasó la vista en derredor. Cola en las cuatro direcciones. No podía tomar un vehículo y huir. Pero ahí estaba la casa de Dios: la iglesia de Don Bosco. Si se entregaba al sacerdote y éste a su vez lo entregaba, tenía como cierta esperanza de que respetaran sus derechos, su vida, de que por lo menos no fueran a matarlo como un perro. Por última vez maldijo su suerte, la del policía gordo, se santiguó y se dispuso a entrar.

A esa hora comenzaba a salir el oficio de las seis. El disparo que se oyó alertó al padre y a todos. Uno de los religiosos, no el que oficiaba ese día, se percató del asunto y al ver que un hombre armado comenzaba a correr a través del estacionamiento, rumbo a la entrada de la iglesia, dio una orden ceceante y castiza: cerrad las puertas.

El hombre gritó y pidió misericordia: padre, por favor, que me van a matar. El sacerdote pensó en las lacras que pudren nuestra sociedad y corrompen a nuestros hijos: habéis escogido el camino del infierno, para vosotros están cerradas

las puertas de la casa de Dios y las que conducen al reino de los cielos; os merecéis, en esta vida, y en la próxima, sufrir todos los rigores que vosotros habéis hecho sufrir a los demás.

El primer plomo le entró como viniendo de una dirección que le pareció extraña: lo sintió entrando por el costado, un poco más abajo de la última costilla, y luego ir como hacia arriba. Mientras volteaba y al mismo tiempo caía por las escaleras, se dio cuenta de que uno de los policías había saltado la verja, se había acercado por un lado y, arrodillado, le había apuntado metódicamente, entrecerrando un ojo y con la pistola a la altura del rostro.

De los demás disparos ya no supo. Las campanas de la iglesia repicaron.

Cuando todo se calmó, los que estábamos dentro de la iglesia comenzamos a salir. En el centro de Puerto Cabello hay un mural, inspirado en una foto de cuando el Porteñazo: un sacerdote, de pie, toma de la mano a un soldado, arrodillado, medio caído, moribundo. No sé qué hizo que se me viniera a la mente esa imagen al momento de salir.

El sacerdote de Don Bosco, viendo en algunas personas la intención de acercarse mucho al caído, se interpuso y les advirtió, con sus *eses* chicheantes: cuidado, no vaya a tener sida también *éshte*, eh.

Existen muchos móviles, muchos motivos para un crimen. Desde la necesidad de trabajar hasta el deseo de hacerse famoso, pasando por los celos, los simples impulsos, la venganza, la ira, la avaricia. Y ya que nombro estas dos palabras, relacionadas con los pecados capitales, es propicia la circunstancia para hablar un crimen motivado por el más extraño de los motivos: la flojera.

El hecho ocurrió un día domingo, en horas de la noche, en el barrio Las Colinas, calle el Pastor, casa D48. La información se conoció gracias al libro de novedades de la sala de Emergencias de la Ciudad Hospitalaria «Enrique Tejera», de Valencia, donde quedó registrado el ingreso del cuerpo sin vida de Elvira Álvarez (39), quien falleció como consecuencia de una decapitación.

El asesino fue su hijo, Leonel Álvarez, aún menor de edad, quien desde la más tierna infancia ya mostraba ciertas inclinaciones, razón por la cual tenía varias entradas a la policía y había disfrutado la oportunidad de conocer varios reformatorios o *de*formatorios (en Valencia y Los Teques, donde vivía el padre). Pero la madre siempre se presentaba en el lugar donde recluían al hijo y los policías se lo entregaban, no sin antes haberle dado unas cuantas veces con el casco y haberlo llamado *ratica inmunda*.

Después que llegaban a la casa la mujer tenía la mala costumbre de insultar al hijo, mientras le preparaba unas arepas, llamándolo flojo, que fuera a trabajar y se dejara de esas vainas. Pero aquella vez, Leonel, mientras esperaba que estu-

vieran listas las arepas o que la mujer se callara -lo que ocurriera primero-, perdió la paciencia y pensó que debía hacer algo

No quería moverse de donde estaba, muy cómodamente instalado en el chinchorro colgado en el centro de la pieza principal del rancho, que servía a la vez de cocina, comedor, recibo, estar y dormitorio del hijo. Huelga decir que el joven permanecía largas horas en ese chinchorro mientras fantaseaba con la posibilidad de que un día alguien tocara a la puerta para proponerle el negocio que habría de resolverle la vida de una sola vez. No pedía mucho, en verdad.

Leonel llamó a su madre:

- Mamá pásame el machete que está ahí.

La mujer acudió solícita, pensando que por fin el hijo se decidiría a hacer algo, a cortar el monte del patio de atrás para sembrar aunque sea unos cambures o tener unas gallinas.

- Maldita sea, no haces un coño bien -se quejó el hijo-; esta mierda está amellada, no sirve ni pa cortá un pan dulce.

La mujer se sintió como un poco avergonzada al principio y buscó la piedra de amolar. Pacientemente le sacó filo al metal, pero luego otra vez comenzó a rezongar, que por qué él no podía hacerlo, que si iba a trabajar o si lo que estaba era jodiendo como de costumbre, que si ni siquiera podía levantarse del chinchorro para buscar el machete menos iba a buscar trabajo, que de paso las arepas se le iban a quemar por estar con la vaina.

Cuando el filo del machete relucía, la mujer lo llevó al hijo, quien en un solo movimiento cercenó el cuello de la madre dejándola a mitad de la repetición número mil de su frase favorita:

- Eres más flojo que la mierda de pato.

Por mala suerte para Leonel, la cabeza de la mujer rodó algo lejos. No podía llegar con la mano, ni siquiera valiéndose del machete como una extensión:

- Maldita sea, voy a tener que levantarme por tu culpa, no joda; hasta muerta sigues jodiendo.

Para colmo el fogón de las arepas estaba comenzado a producir mucho calor y una humareda desagradable. Así fue como los vecinos se enteraron de que algo pasaba, entraron, vieron el cuerpo por un lado y la cabeza por el otro, llamaron a la policía y se llevaron al matricida, enrollado en el chinchorro. No había pensado en huir. Le daba algo así como flojera.

La dama de la venda en los ojos

La historia de este hombre -Tancredi- es tal cual me la contó mi suegro, oriundo de la Basilicata. No me he molestado en imaginar lo que no sé; más detalles, nada dirían al lector. De por sí la historia es lo suficientemente conmovedora.

La razón por la que a Tancredi lo habían condenado a la cárcel tantos años -de los cuales cumplió más de veinte- no valía ni la pena recordarla. Él profirió una amenaza de muerte, otro escuchó y actuó en su lugar. *Otro* mató a aquél a quien Tancredi había amenazado. Quizás Tancredi se alegró, quizás al fin y al cabo lo hubiera hecho. Tenía muchos antecedentes de conducta violenta, de sillas rotas en la cabeza de alguien después que se bebían unos tragos en el bar del pueblo, había golpeado a la única mujer que le dio alguna caricia (a cambio de algo eso sí).

Nadie lo quería. Vivía solo. Nadie lo defendió. Él tampoco pudo defenderse. No tenía cómo comprobar que no había estado allí. Su pensamiento primitivo no pudo articular una defensa. Sus palabras -que todos recordaban- le condenaban y le condenaron. El fiscal, el juez, el jurado, todos fueron particularmente implacables y severos con aquel hombre. La pena máxima en estos casos.

Después de esos 20 años Tancredi sabía algo, algo de sabiduría popular en carne propia: el pez muere por la boca. Ahora se cuidaba de hablar, incluso de pensar. Su carácter hosco, desconfiado, hicieron que su reclusión fuera peor de lo que

parecía. Su aspecto intimidante -habría podido pensar- le había alejado cualquier posibilidad de indulto, de una ligera rebaja o cambio en la condena.

Era injusto, cierto, que hubieran tardado tanto en encontrar al verdadero culpable. Era injusto también, acaso incomprensible, que aquel hombre hubiera esperado tanto para cometer otro crimen, por el cual sí había sido apresado, aprovechando de confesar el primero, el que cometiera tantos años atrás, por el que inculparon a un inocente que tenía en la cara la impronta del criminal. Pero al fin Tancredi saldría.

Aun a pesar de que en la cárcel pensaba poco en su pueblo y cuando lo recordaba no lo hacía precisamente con simpatía, durante el viaje de retorno, a su mente llegaban los recuerdos, edulcorados por la distancia, por los años; recuerdos de buenos momentos fueron disipando su rabia contra los coterráneos, que tan poco solidarios habían sido. A medida que se acercaba, a lo largo de las distintas etapas en su viaje, más y más cosas venían a su mente, más y más cosas reconocía de su comarca.

Pensaba en lo que diría. Al fin sabrían la verdad. Seguramente se disculparían. Quizás hasta el mismo sacerdote... ¿Quiénes vivirían aún y vivirían allí? ¿Estaría aún el viejo panadero de gruesos bigotes? Había llegado a extrañar de verdad aquellas hogazas donde a veces aparecía, furtivamente, un vello del mostacho.

El esfuerzo por la larga y penosa subida. La edad y los años de mala vida, tras los muros, comiendo bazofia y respirando humedad. Los cigarrillos interminables, único alivio en la reclusión.

Todo eso junto. La emoción que lo embargó, al entrar al pueblo, ya era tanta que acabó con su pobre y gastado y triste corazón.

Así lo encontraron, a la vera del camino. Algunos no lo conocían. Eran jóvenes. Otros ni lo recordaban. Al fin alguien lo supo:

- Es Tancredi. Fue él quien mató a Riccardi. ¿Por qué habrán dejado salir a una rata como ésta de la cárcel?

El hombre que habló, terminó escupiendo al cuerpo del caído. «La justicia es lenta, pero llega», pensaron muchos.

Un cadáver desapareció misteriosamente de la morgue de Bello Monte. Se trataba del cuerpo de Ángel Duarte, de 25 años de edad, quien había fallecido en un accidente automovilístico. El ingreso había sido debidamente asentado en el libro de registro, dos semanas antes de la desaparición: ingresó la madrugada del 30 de junio de 1998.

Duarte fue visto vivo por última vez la noche del 29 de junio, cuando salió con su moto a tratar de comprar algo de marihuana que hacía tiempo escaseaba por la zona. Sus hermanos, esperaron ansiosamente la llegada, ya que aparte de ser socios en el negocio de la distribución, también tenía necesidad de un poco de *yerba*.

Esperaron inútilmente. Duarte nunca llegó. Al día siguiente lo buscaron afanosamente, en las distintas delegaciones de policía (cosa que parecía absurda, ya que ellos siempre pagaban a tiempo), en los hospitales. No temían que hubiese podido ser ajusticiado por alguien en busca de venganza: Duarte no tenía enemigos, era muy generoso, a veces hasta daba el monte a*fiado*, a crédito.

Al final de esa penosa jornada, los hermanos se enteraron de que había ocurrido un accidente en la autopista Francisco Fajardo, vía Caricuao: una Blazer había arrollado a un motorizado. La marca, el cilindraje de la moto, las características y la vestimenta del muerto, coincidían con las de Ángel.

El 3 de julio por fin pudieron hablar por teléfono con alguien de la morgue. En efecto, había ingresado un cadáver con esas características. Fueron una vez, pero nadie les confirmó la información. Con quién habían hablado por teléfono, no se sabía. Muchas idas y venidas hasta que por fin, el 19 de julio, les permitieron revisar los libros, donde estaba asentado el nombre de A. Duarte, 25, y les franquearon el paso para que hicieran el reconocimiento del caso.

Se presumía que alguien había sustraído el cuerpo, porque no pudo haberse ido solo, con veinte días de fallecido. Aparentemente hubo una equivocación en la entrega del cuerpo y se le dio a otra familia, quien también tenía un desaparecido con las características del occiso y necesitaban un cuerpo para el entierro. Los Duarte no eran muy dados a las polémicas, se fueron sin mayores aspavientos, a buscar la moto que estaba en los garajes de la policía. A lo mejor todavía serviría de algo. De seguro que serviría un poco más que el cuerpo del hermano.

Cuando ocurrió por segunda vez la desaparición de un cuerpo (esta vez de mujer), que los familiares reclamaban con plañidera insistencia, alguien comenzó a averiguar. No sólo eran ésos, sino que desde hacía casi dos años se habían estado perdiendo los cuerpos. Aunque en las ocasiones anteriores se trataba de personas que nadie venía a reclamar: indigentes, desaparecidos.

Asimismo, serias discrepancias entre las partes amputadas que salían de la morgue y las que llegaban al crematorio, pusieron alertas a las autoridades de la morgue y de todos los hospitales de la región capital. Hubo largas e infructuosas pesquisas.

Una curiosa coincidencia quiso que el jefe de Patología Forense, Dr. Bermúdez, asistiera a la inauguración de una exposición de esculturas. El referido profesional en realidad no estaba interesado en las formas del arte sino en las formas de una estudiante de Derecho a quien había conocido y que le había extendido la invitación, asegurándole que se trataba de un artista de reconocida calidad, debido a su extremo realismo. Y que además el tema estaba relacionado con su profesión: el escultor exploraba el inquietante asunto de las deformaciones que sufre el cuerpo humano a partir de un accidente o después de la muerte.

En verdad la exposición resultó tan tenebrosamente atractiva que por un rato el Dr. Bermúdez concedió más atención a las macabras piezas que a la linda acompañante. Hasta que se detuvo frente a la *escultura* de un hombre que había fallecido en un accidente de tránsito. Las facciones, las marcas en el rostro, el biotipo, todo le recordaba un caso que había tenido hacía tiempo.

Bermúdez fue a hacer una llamada y dejó a su acompañante, quien parecía estar embelesada con el excéntrico y delgado artista. Le confirmaron lo que se temía: esas peculiares características se correspondían con el cuerpo que había desaparecido en septiembre del 96. De inmediato y valiéndose de su posición, ordenó la clausura de la sala y una acuciosa investigación, ante la estupefacción de todo el público y, en especial, de la chica, quien pensaba que se trataba de una venganza ante el desaire.

Noel Valbuena, escultor, fue condenado sólo a 9 meses de presidio, puesto que la legislación de nuestro país no es muy clara con respecto a la posesión ilegal de cuerpos y partes humanas. Algunos piensan que se trató de mucha benevolencia por parte del juez, quien al parecer se mostró interesado en el trabajo del artista. En sus declaraciones, el magistrado aseguró

que lo que se castigaba no era «tan macabra forma de arte sino un robo muy grave y una falta de respeto a los difuntos». Otros piensan que hubo tráfico de influencias: el escultor es hijo de quien fuera por muchos años Rector de la Universidad Nacional y de una reconocida antropóloga y lingüista, investigadora de las etnias indígenas venezolanas.

Noel había estudiado en la escuela de arte *Armando Reverón*, de donde fue expulsado por presentar en la exposición de fin de año un cuadro pintado con excremento. Él había afirmado que los materiales eran *chimó* y algunos solventes. Pero el olor era indudable. En esa ocasión también hubo juicios algo vagos: no censuraban el material sino la mentira.

Después de eso comenzó a interesarse por la anatomía humana. La amistad con un vigilante de la morgue le franqueó la entrada al recinto donde se depositan los restos olvidados y al archivo de los mismos; así sabía cuáles llevarse. El error fue que estando presionados, en vísperas de una exposición, no esperaron -Noel y su cómplice- mucho tiempo para adueñarse de algunos cuerpos que sí resultaron tener dolientes.

Además de los materiales (sal de natrón, cierta clase particular de polímero y algunas resinas, que utilizaba para tratar los cuerpos y partes), en el estudio del artista llegaron a recolectar más de 40 piezas: cabezas, troncos, extremidades, algunos de los cuales no llegaban a concordar ni entre ellos ni con los que daban por desaparecidos, razón por la cual se pensaba que tenía complicidad con morgues de otras partes, aunque Noel no *soltó prenda*.

En cuanto a los cuerpos o piezas de la exposición, algunos fueron restituidos a sus familiares, quienes no supieron si enterrarlos o conservarlos como valiosas piezas de arte.

Sin título

Cuando llegó al sitio, Giovanni vestía *jean* Tommy Hilfiger, el zapato que conservaba era Clark, en su muñeca brillaba un Michelle. De la franela no se sabía mucho porque la habían usado para amordazarlo. Al verlo, se despertaron ciertas suspicacias entre los que tenían más tiempo en el lugar: lo veían como un sifrinito de ésos, bien vestido, en comparación con los harapos que eran las ropas que ellos conservaban y *des*lucían.

Pero también era cierto que, con el correr del tiempo, se vería igual que todos allí. El primero en hablarle fue el Nigeriano:

- Chamo, ¿a ti qué te pasó?- cuando estuvo vivo no había tenido la oportunidad de aprender bien el español de Venezuela; ahora sí, tras casi dos años allí tirado en la Vuelta del Zamuro.

Giovanni aun sentía como cierta rabia por lo que le habían hecho, por eso no le quiso responder en un primer momento al Nigeriano. Así que lo dejaron tranquilo y continuaron con el tema que venían desarrollando desde antes:

- Estás loco, ya una botella de ron Santa Teresa debe costar como 18.000 bolívares- decía Alexander, alias Condorito, de cuya gloriosa nariz no quedaba ni el cartílago.

- ¿Qué vas a saber tú?- terció Dubái- si se nota que lo que tomabas era puro cocuy.

- ¿Por qué será que los hombres, hasta después de muertos, siguen hablando tanta paja?- refunfuñó Lisbeth, la única mujer

del grupo, recordando al último de sus maridos, el que la había golpeado hasta matarla y la había lanzado por ese barranco.

- El chamo tiene razón -fueron las primeras palabras que le escucharon a Giovanni-. Cuesta 18.000, aunque depende del sitio donde la compres te puede salir *un pelo* más barata.

Hubo un silencio, hosco y confundido, entre los contertulios; no sabían aún qué decirle al recién venido. El mismo continuó hablando, para tratar de ganar confianza, dando por descontado que habría de permanecer allí largo tiempo:

- Aunque yo tomo cualquier vaina, hasta anís... o tomaba- aquí Giovanni no supo evitar sentirse triste.

- Anís, eso es lo mío -dijo el Sapo- quien había sido un indigente que fue arrollado por alguien que lo dejó después allí en la Vuelta del Zamuro. Todos sabían que era mentira, que el Sapo era *piedrero*. Pero por sus simpatías le perdonaban todos los embustes.

Ya después el ambiente se hizo más cordial y terminaron de presentar al resto del grupo: aquel es Tony, no se le reconoce mucho la cara porque le dispararon con una escopeta; éste es Willmer, los huesos que le faltan se perdieron una noche que vinieron unos rockeros que estaban haciendo una apuesta; ése es el Zamuro, el que tiene más tiempo aquí, por él bautizamos al lugar de esta manera. Ya conociste al Nigeriano, al Sapo, a Dubai, a Condorito y a Lisbeth.

- Yo soy Giovanni; no me da pena decirles que en vida me apodaban Nito, sobre todo las mujeres.

Así se quedaron conversando, hasta el amanecer, como siempre lo hacían, sabría después el Nito.

Pero los temores y suspicacias del inicio no tardarían luego en ser confirmados, justificados. Era obvio que Giovanni había llevado una buena vida *en vida*. La cosa no habría de quedar así. Los familiares pagaron a quien tuvieron que pagar y mataron a quien tuvieron que matar.

Así las cosas, un mediodía, no menos de cuatro semanas después de la llegada de Giovanni, se oyeron gruesas voces y hasta algún llanto. Un piquete de policías, junto con los tíos de Giovanni, venían escoltando al apaleado y llorón sicario.

- Fue por aquí, pero de verdad que yo no fui- repetía contradictoriamente el sujeto.

Para los tíos fue fácil reconocer el cuerpo del sobrino: todavía no estaba muy desfigurado y el reloj había sido regalado por uno de ellos. Esos otros no se sabían quiénes eran o habían sido. Pero ya lo averiguarían.

El temor inicial ante la orden de recoger los cuerpos cedió paso a la tristeza de todos aquellos contertulios de la Vuelta del Zamuro, cuando fueron separados. Sabían que ya no volverían a verse; a no ser que tuvieran la suerte de no ser reconocidos y enterrados en una fosa común.

Los domingos en la madrugada la carretera de Morón, a la altura de Urama, debe ser uno de los sitios más desolados del mundo. A esa soledad contribuyen no sólo la hora y el día, sino el conocimiento que tienen la mayoría de los conductores de que el tramo que va entre Alpargatón y Sanhijuela es el preferido por los piratas de carretera para apostarse y para poner obstáculos en la vía, que ocasionen daños en el vehículo y que obliguen al conductor a detenerse.

Así pues, alrededor de las nueve o diez de la noche ya los choferes de camiones y gandolas comiencen a buscar un sitio donde esperar que levante el día para atravesar esos poco más de 15 mortales kilómetros. No es extraño ver multitud de estos vehículos en la salida de Morón, donde están una estación de servicio y el único restaurant chino de Venezuela que es atendido por chinos amables. O, si es viniendo en sentido opuesto, detenidos a la altura del peaje de la raya, donde finaliza la autopista centro occidental y donde los vendedores de panelas han establecido una verdadera sucursal del municipio San Joaquín.

Sin embargo, confiando en su pericia, en su suerte y en su San Antonio, el señor Rafael decide arriesgarse ese sábado, porque es el cumpleaños de su hija Ruth, que no es ya una niña sino una mujer de 28 años, pero como única hija sigue siendo su debilidad. Además de que la *niña* no se ha casado y sigue viviendo en la misma casa paterna; asunto que al señor Rafael, lejos de molestarle, le agrada.

Lo único problemático -piensa el señor Rafael cuando ya está a la altura de la vía que da hacia San Pablo (también llamado San Pablo de Urama, para diferenciarlo del San Pablo de Yaracuy)- es que ya no sabe qué regalarle a su hija. Desde que nació la llenó de juguetes. De allí vino la época de los rompecabezas y libros de cuentos. Después los detallitos con que las adolescentes les gusta adornarse (pulseras, collares)- recordando esto el señor Rafael esboza una sonrisa vanidosa, pues considera que tiene buen gusto para tales detalles. Luego los juguetes tecnológicos: celulares, computadoras portátiles. Por último, los regalos más costosos, como un carro; y recientemente, uno relacionado con el mejoramiento estético: los implantes de silicona.

Hoy va con las manos vacías, por primera vez, pensando que cuando entregue esa carga que lleva y le den el pago, sólo meterá la mitad del dinero en un sobre y se lo dará. Eso lo tiene preocupado. Él piensa que dar dinero no es un regalo propiamente, además, siempre le da dinero, por cualquier razón. Para él un regalo es un objeto, algo que pueda ver y recordar cuando se lo dio. Y no quedaría igual la foto: en el álbum están bien ordenadas, desde el segundo cumpleaños, las imágenes donde aparecen los dos juntos con todas las cosas que le ha dado esos 23 de septiembre. Incluso hay una foto tomada en la clínica de mejoramiento estético, donde Ruth se ve un poco ojerosa.

Así que no es de extrañar que, por estas preocupaciones, el señor Rafael no haya visto esas bolsas negras y sólo se haya percatado de que un objeto estaba en la vía cuando escucha un golpe seco y algo que se siente como arrastrando

junto con el camión, en la parte delantera; luego el vehículo salta al tiempo que siente cómo el objeto (que imagina bastante pesado y voluminoso) recorre la parte baja golpeando todo lo que encuentra. Aún no ha terminado de hacer conjeturas sobre lo que pudo haber sido cuando, varios cientos de metros más adelante, el camión va perdiendo fuerza, de manera inexplicable.

El tanque de combustible se rompió en el impacto con el objeto, es lo que puede comprobar el señor Rafael a la luz de una linterna, agachándose a examinar su vehículo. Mientras marca desde su celular el número del servicio de grúas, camina hacia la parte posterior del camión, alumbrando la vía con la linterna, para tratar de saber qué fue lo que golpeó, pero, en lugar de eso, lo que observa es a un grupo de personas acercándose, evidentemente con no muy buenas intenciones, así que apaga la linterna y echa a correr en dirección opuesta a donde vienen aquellos.

Cuando llegan al camión, el Popy y los otros seis o siete que siempre lo acompañan, ya no ven ni rastro del hombre. Su compadre, el Chingo, dice.

E jue, ek vieo coyo e su badre.

Popy, examinando la cabina del camión dice:

No importa, aquí está lo que necesitamos.

En la guantera no hay más que un montón de CDs de Rocío Durcal, Julio Jaramillo y hasta Pimpinela.

- Pura mierda- dice Popy, mientras baja de la cabina y camina hacia la parte posterior del vehículo.

Los demás observan, porque es honor reservado al jefe descubrir cuál es la carga que se transporta. Popy hace un movimiento de sorpresa, echando la cabeza hacia atrás, como si esquivara un guantazo de un adversario invisible. «Transporta urnas», está escrito en letras negras sobre el fondo azul de las puertas traseras del camión.

Para ser un transporte de urnas, el candado que usaron es de firmeza singular: no cede a ningún golpe de mandarria y no se quiebra con la *pata e cabra* que le meten. Esto alegra a Popy, pues piensa que debe contener algo más y que el letrero es sólo para despistar.

- Seguro que hay otra vaina- dice, transmitiendo sus pensamientos y su ilusión a los subordinados.

Hace falta que tres de los hombres literalmente se cuelguen de la barra para que ceda la tranca, pero, en lugar de ser el candado, es la argolla en la que está la que se ha quebrado.

- Ta bueno el candaíto este, me lo voy a llevá pa la casa, pa cuando la mujer se ponga cómica dejala encerrá.

Los secuaces ríen, mientras se pasan el candado y van haciendo variantes del mismo chiste: pa que no se te escape el perro, pa que tu suegra no se te meta pa la casa, pa que el carajo se coge a tu mujer no dentre tan seguío.

Pero no, no era cierta la conjetura. Perfectamente alineados como en literas, hay ataúdes de diversos tamaños y colores: unos plateados, unos dorados, unos como con un ligero toque azul plomo. Un supersticioso silencio se hace entre los hombres, mientras la linterna del jefe va revelando el contenido la fúnebre carga.

Tratando de espantar sus propios pensamientos, el Popy se pone a contar. Dice:

- Bueno vamos a bajá esta vaina antes de que venga la gualdia, que seguro *ya* el carajo ése *ya* debe habé llamao.

Dos o tres de los hombres niegan con la cabeza, con los ojos muy abiertos; sin hablar dan a entender que no quieren participar del reparto y se van.

- Bueno, mejor, así alcanza más.

Comienzan a bajar los féretros. Hay 11, entre cuatro que quedaron son tres para cada uno, menos el Chingo que se conforma con dos. Primero los esconden entre el monte, sacándolos de la carretera. Luego, al día siguiente, con la claridad, es que los llevan hasta eso que no es un pueblo, donde no hay escuela ni iglesia ni cementerio ni plaza Bolívar, sino un grupo de ranchos nacidos a la orilla de una quebrada y lo bastante lejos de la carretera para que nadie sepa que hay gente viviendo por allí y mucho menos se sepa lo que hacen.

A la semana, Popyse va un día, dice que va para Morón, o para el Puerto, o para Valencia, a ver si puede encontrar quien compre la carga. No regresa ni ese día ni los siguientes, pero no pueden seguir esperando, dice el Chocolate, tienen que trabajar. Así que una noche, diez días después del robo de las urnas, vuelven a la carretera, en un día de semana, pues ahora que el jefe es otro han cambiado algunas cosas. Van todos menos el Chingo, que está resfriado.

El mismo procedimiento: piedras y trozos de vigas metidos en bolsas plásticas negras, camión que choca con los obstáculos, chofer que sale corriendo, hombres que aparecen del

monte y violentan las puertas del camión para saquear la carga. Este camión es un modelo nuevo; cuentan con buena iluminación en la parte posterior para observar que la carga es un montón de cajas, con letras chinas, o que ellos piensan son chinas. Las cajas contienen zapatos, cientos de zapatos, quizás llegan al millar, de todas las marcas: Nike, Adidas, Puma, Reebok.

Los hombres están felices y se entretienen probándose diversos modelos. Hasta que uno descubre algo extraño en una de las cajas: una bolsa con un polvo blanco muy fino, cuyo peso no parece coincidir con el volumen. El que prueba, abriendo una bolsa con su navaja, sabe lo que es, pero hay más. Hay más bolsas y también, en el fondo de algunas cajas, hay armas, automáticas, descargadas. Ellos no tienen armas, no las usan ni las han necesitado nunca. Sólo el Popy tenía, pero Popy ya no está.

A la alegría de la primera sorpresa y al estupor de la segunda, sigue el temor, producto de la sensatez. Mejor irse de allí sin llevarse nada. Eso puede ser de un chivo pesado que puede venir a buscar su carga. En efecto, sólo había bajado el primero de los hombres del camión cuando frenan bruscamente una Blazer vino tinto y una pick-up blanca doble cabina. Del primer vehículo descienden tres hombres; del segundo, cuatro. Todos van armados. Sólo se queda en la Blazer un hombre, de voz y maneras suaves, casi afeminado, que dice:

- Niños, no *me* los vayan a matar dentro del camión para que no se salpique la carga.

Ese fue el final de la banda que algunos llegaron a llamar los Sanguinarios, porque cuando las víctimas volcaban en

los vehículos, se dedicaban simplemente a robarlos y los dejaban que se murieran desangrados. Sólo sobrevivió el Chingo, en cuya casa aún tenía los dos ataúdes que le quedaron, parados en la sala.

- ¿Cuándo te piensas poner a trabajar? ¿Qué vamos a comer?

Era la eterna cantaleta de la mujer del Chingo, quien en el fondo envidiaba la heroica muerte de sus compañeros, pero la pregunta más insistente de la mujer tenía que ver con los ataúdes en la sala.

- ¿Qué piensas hacer con esa vaina?

El Chingo le explicó

- Bueno, uno pa mí y uno pa ti. Un regalito.

Lo dijo hablando con voz muy clara por primera vez en su vida.

ba. Ella puede hacerlo corriendo. Su mejor tiempo ha sido 10 minutos 16 segundos. Hoy está dispuesta a superar ese registro. Conoce a alguien que lo hace en 7 minutos. Ella no aspira tanto, pero sí por lo menos bajar de 10. Se siente con el ánimo.

«Hoy no se ve mucha gente», piensa mientras el sudor comienza a correrle por la espalda. «Tal vez por la hora»: ya falta poco para oscurecer. La gente prefiere, cuando es día feriado, subir en la mañana o quizás más temprano en la tarde. En cualquier caso piensa que debe apurarse, porque si no la noche la sorprende estando arriba. Una vez le pasó. Sin embargo descubrió que el resplandor de la ciudad permite que, a pesar de la oscuridad, se pueda ver el sendero.

Cuando está llegando a la caseta, dos sujetos asoman o más bien se levantan como movidos por un resorte, con un brillo de alegría en los ojos, lo que revela que habían estado a punto de rendirse en la espera. Uno es moreno, alto, de complexión atlética y unos brazos que parecen más largos de lo normal. Usa gorra y una franela de rayas que pueden ser amarillas y cafés. El otro es blanco, un poco más bajo y rechoncho. Usa una franela de un color que, cualquiera que haya sido, parece haber sido lavada mil veces, tiene una barba extraña: la barba no le llega a la cara sino que se le queda en el cuello, como un collar.

Eso es lo único que alcanza a detallar de los sujetos, que parecían estar esperando, sentados o acuclillados y se levantaron al escuchar que alguien se aproximaba: las muchas pulseras que usa Norma producen un sonido como de campanilleo.Norma intuye de inmediato qué es lo que alegra a los hombres. En lugar de seguir en línea recta, acelera la carrera y se desvía por otro sendero apenas visible, que parece rodear la pequeña cima sobre la que

Esta edición de 500 ejemplares de la obra
Página roja
se imprimió en Noviembre de 2017,
en los talleres del Fondo Editorial Ipasme,
Caracas, República Bolivariana de Venezuela.

La colección ORLANDO ARAUJO rinde homenaje al polifacético escritor barines de gran versatilidad literaria creador de ensayos, poesías, novelas y cuentos, quien también fue un insigne educador y economista de profundo sentido humanista. Su figura y su legado impreso constituyen un modelo fehaciente del humanista hispanoamericano, comprometido con la realidad de su tiempo y siempre a favor de las causas populares. Siendo poseedor de una vasta cultura y de amplias capacidades intelectuales, dominó el arte de escribir con sencillez al alcance de todo tipo de lectores y con especial cariño hacia los niños. Por eso, bajo su nombre egregio, reunimos narraciones breves, relatos o cuentos que conduzcan al lector hacia el encuentro de esos pequeños y a la vez grandiosos mundos alternos.

Gobierno Bolivariano de Venezuela
Ministerio del Poder Popular para la Educación
IPASME
Fondo Editorial Ipasme
1817 - 2017 ZAMORA UNIÓN CÍVICO MILITAR

ISBN: 978-980-401-250-1